

PUNTO
ROJO

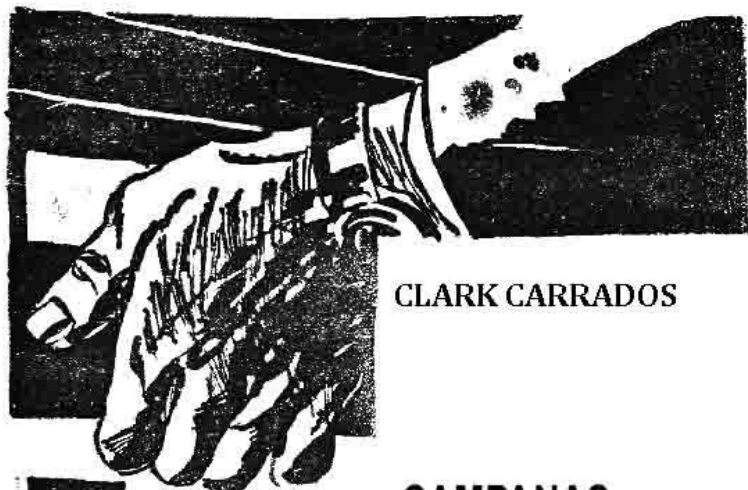
campanas de funeral

clark carrados

B&B



CAMPANAS DE FUNERAL



CLARK CARRADOS

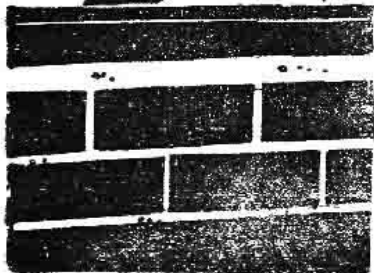


CAMPANAS DE FUNERAL

Colección PUNTO ROJO n.º 186

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA
MEXICO
RIO DE JANEIRO**



Dépósito legal: B 25546 - 1965

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: noviembre 1965

© CLARK CARRADOS - 1965
sobre el texto literario

© MIGUEL GARCÍA - 1965
sobre la cubierta

© COSTA - 1965
sobre las ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 6.955/65

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección BISONTE:
929 — Las dos caras de la Ley.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
781 — Diez años después.
- En Colección BUFALO:
617 — El rugido de la pólvora.
- En Colección CALIFORNIA:
468 — Viento destructor.
- En Colección COLORADO:
407 — Pierna rota.
- En Colección NANSAS:
385 — El fuerte de los asesinos.
- En Colección BRAVO OESTE:
251 — Las víboras deben morir.
- En Colección PUNTO ROJO:
164 — El destructor.
- E» Colección SALVAJE TEXAS:
491 — La mala fama.
- En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:
162 — Roja Navidad.
- En Colección ARCHIVO SECRETO:
80 — Billeto para la muerte.
- En Colección ASES DEL OESTE:
334 — Un hombre malo.

CAPÍTULO PRIMERO

Al oír el timbre de la puerta de llamada, Malcolm Mac Bride levantó la vista del periódico que estaba leyendo y dijo:

—No te molestes, querida; yo mismo iré a abrir.

Parsimoniosamente, se quitó las gafas, que metió en el bolsillo superior del batín de lana que vestía, dobló el periódico y se puso en pie.

La lluvia batía contra los cristales. La tarde era desapacible.

En la chimenea, ardían alegremente unos cuantos troncos. El ambiente, en el interior de la estancia, resultaba así sumamente confortable.

El señor Mac Bride cruzó el salón, atravesó el pequeño vestíbulo y llegó a la puerta, que abrió sin más dilación.

Había un hombre al otro lado. Vestía un impermeable oscuro, con capucha, que le tapaba completamente la cara. Además, en el pasillo exterior, la luz, debido a la proximidad del atardecer, era pésima.

—¿Señor Mac Bride?

—Yo mismo —contestó el dueño de la casa.

El hombre del impermeable tenía un paquete en las manos. Se lo entregó.

—Para usted —dijo—. Tendrá que firmarme el recibo.

—Claro —murmuró Mac Bride, extrañado—. ¿Quién me envía este paquete? No esperaba ninguno —observó.

—Lo siento, señor. Soy empleado de una agencia. —El mandadero le presentó un taco de recibos y un lápiz—. Aquí, por favor.

Mac Bride firmó, mientras mantenía el paquete, que no parecía pesar excesivamente, con la mano izquierda. Luego hurgó en sus

bolsillos y sacó unas monedas.

—Tómese una taza de té —dijo.

—Es usted muy amable, señor Mac Bride. —El mandadero se llevó un dedo al borde superior derecho de la capucha—. Realmente, hace un día de perros.

Mac Bride cerró la puerta y regresó al salón. Su esposa le miró inquisitivamente.

—¿Quién era, Mal? —preguntó.

—El mensajero de una agencia de repartos. Traía un paquete.

Nellie Mac Bride se levantó. Era una mujer de unos treinta y cinco años, alta, rubia, de formas opulentas y presencia vistosa, conseguida con la colaboración de una excelente cosmética, sabiamente aplicada.

—Ábrelo —rogó, curiosa.

Mac Bride puso el paquete sobre una mesa. Estaba envuelto en papel de embalar y sujeto con papel engomado. Rasgó el papel con sus fuertes dedos y dejó el contenido al descubierto.

Era una caja oblonga, de unos treinta centímetros de largo, por veinte de ancho y unos quince de grueso. Sobre la misma, adherida con una gotita de goma, había una tarjeta de cartón.

«Obsequio de un amigo»

—¿Qué amigo es éste? —preguntó la señora Mac Bride.

—Yo qué sé —contestó su esposo—. Tal vez se trate de alguna broma. Andy Peterson es muy aficionado a las bromas. Una vez envió por correo...

Nellie Mac Bride tomó la caja y la volvió para examinarla por todas partes. En el fondo divisó lo que parecía ser una llavecita.

—Es una caja de música —exclamó, adivinando al fin la utilidad del envío.

Dio la cuerda al mecanismo y volvió a poner la caja sobre la mesa. Una rara música se expandió por el ambiente, sobre el crepitar de los troncos y el tamborileo de la lluvia en los cristales.

—Parecen campanas de funeral —gruñó Mac Bride.

—Es cierto —convino Nellie a su pesar.

La música era grave, solemne, de lentos compases, y por encima de ella sobresalían unas lejanas campanadas de tonos fúnebres.

—Ese condenado Peterson —rezongó el señor Mac Bride—. Podía haber enviado una caja con una música más alegre. Mañana me oirá...

Agarró la caja con ambas manos.

—Creo que estará mejor en la chimenea que sobre esta mesa —añadió—. No me gusta cierta clase de música.

El sonido de las campanas de funeral se apagaba en aquel instante.

Mac Bride tenía la caja en las manos, frente a su pecho. Se oyó un seco chasquido.

Mac Bride abrió los ojos desmesuradamente. Nellie estaba frente a él y le vio palidecer de un modo horrible.

—¡Malcolm! —gritó.

Mac Bride abrió los dedos. La cajita de música cayó al suelo. De su interior se escaparon unas cuantas notas musicales desafinadas.

Nellie se precipitó hacia su esposo. Pero ya no llegó a tiempo.

La boca de Mac Bride se deformó horriblemente. Un segundo más tarde, se derrumbaba al suelo. Movi6 las piernas convulsivamente media docena de veces y luego se quedó quieto.

Jay Shagger, sargento detective de la Brigada Criminal de Scotland Yard, examinó pensativamente el cuerpo retorcido que tenía a sus pies. Al otro lado de la estancia, atendida por una solícita vecina, Nellie Mac Bride sollozaba silenciosamente.

El fotógrafo policial tomó varias placas del cadáver. Un experto se hizo cargo de la cajita de música.

—Manéjela con cuidado, Andrews —recomendó el detective.

—Está bien, sargento.

Sonó un timbre. Había un policía uniformado en la puerta y se apresuró a abrir.

Un hombre de mediana edad, portador de un pequeño maletín negro, entró en la casa. El policía le saludó respetuosamente.

—¿Por dónde? —preguntó el doctor Croton, forense de la policía.

—La puerta del fondo, señor —indicó el agente.

—Gracias.

Croton se quitó el sombrero, parcialmente mojado por la lluvia que aún seguía cayendo. Cruzó el vestíbulo y se asomó al salón.

—Doctor —llamó Shagger.

—Ah, hola, sargento —saludó el forense. Dejó el maletín sobre la mesa y empezó a quitarse el abrigo y la bufanda—. ¡Qué día tan infernal! —comentó.

Arrojó una mirada especulativa hacia el cuerpo tendido sobre la alfombra.

—¿Qué ha sido, muchacho? —preguntó.

—Un proyectil, doctor.

—¿Calibre?

—Pues ahí está —respondió Shagger—. Resulta que no fue disparado por una pistola, sino por una cajita de música.

Croton miró a Shagger con ojos atónitos. El sargento sonrió.

—No, no me he vuelto loco, doctor. Examine usted mismo el cadáver, por favor.

Croton se puso unas gafas. Abrió el maletín y se arrodilló junto al cadáver.

Rutinariamente, le tomó el pulso y levantó uno de sus párpados. Meneó la cabeza. Luego abrió el batín y dejó el pecho al descubierto, aunque con la camisa puesta. Frunció el ceño al ver el objeto metálico que asomaba cosa de dos centímetros por fuera de la carne.

—¿Qué diablos es esto? —farfulló, intrigado.

—Por lo que yo sé, una especie de flecha disparada por medio de un potente muelle, doctor —contestó Jay—. No lleva cola emplumada, a fin de guiarla en el vuelo, aunque sí cuatro acanaladuras a todo lo largo de la espiga, que hacen el mismo papel que las plumas.

Croton observó un instante. Luego, tomando su maletín, buceó en el mismo, hasta sacar una especie de alicates.

Aprisionó la cola del proyectil y tiró con fuerza. La flecha mortífera, manchada de sangre a medio coagular, salió afuera.

—Llegó hasta el corazón —informó el forense expertamente—. La muerte tuvo que resultar instantánea.

Shagger se puso en cuclillas para examinar mejor el extraño proyectil, que Croton mantenía aún sujeto por los alicates. Tenía el grosor de unos ocho milímetros y su longitud era de doce centímetros. Su punta era agudísima. Las acanaladuras que tenía a todo lo largo de su estructura le proporcionaban la estabilidad suficiente durante su vuelo.

—Es lo más extraño que he visto en mi vida —comentó el forense—. Y conste que he visto morir a la gente de mil maneras distintas. Sargento, ¿dice usted que esta flecha fue disparada por una caja de música?

—Así es, doctor. Los expertos la tienen ahora para su examen. Calculo —añadió Shagger—, que debía tener en su interior una especie de mecanismo de relojería, conectado al de la música. Cuando ésta concluyó, al terminarse la cuerda, se liberó el pestillo que sujetaba el muelle de proyección y la flecha partió disparada.

Croton meneó la cabeza.

—Todo eso me parece muy bien, sargento. Se trata de un crimen, así que no hay ni que dudar de su teoría. Pero ¿cómo podía el asesino estar tan seguro de que su flecha iba a dar exactamente en el blanco?

Shagger hizo una mueca.

—No me lo pregunte, doctor —respondió—. Yo sólo sé que la flecha se disparó y que el señor Mac Bride está muerto.

Croton frunció el entrecejo, mientras contemplaba la flecha pensativamente.

—Por supuesto, es de metal... seguramente acero, lo cual quiere decir que pesa bastante, en relación a su tamaño. El peso le confiere un momento de inercia bastante acusado y, por lo tanto, dada su punta extremadamente afilada, un gran poder de penetración. Pero el asesino no sabía que Mac Bride se iba a colocar la cajita frente a su corazón... Espere un momento.

Se puso en pie y miró en torno suyo.

—¿Dónde está el cuarto de baño? —preguntó.

—Venga por aquí, doctor —dijo uno de los policías.

Croton se marchó y volvió a los pocos minutos. Jay observó que la flecha había sido lavada con agua de la sangre que todavía tenía adherida a su superficie.

—La he lavado con agua —explicó el forense—, por no hacerlo con alcohol, que hubiera disuelto tal vez el veneno de que está impregnada la mitad anterior de la flecha. No importa que ésta no hubiese alcanzado el corazón; Mac Bride hubiese muerto de todas formas en un minuto... hay en la flecha curare suficiente para matar a un elefante.

La lluvia golpeó con fuerza los cristales. El sonido se percibió

claramente en el hondo silencio que siguió a la dramática declaración del doctor Croton.

—Está bien —contestó Shagger—. Usted se encargará de la autopsia y demás trámites con respecto al cadáver. Asegúrese de que, efectivamente, el veneno es curare.

—Empeñaría mi reputación —aseguró el forense enfáticamente.

Momentos más tarde, los camilleros se llevaban el cadáver. Croton se fue con la ambulancia.

Entonces, Jay Shagger se acercó a la viuda.

—Señora Mac Bride —dijo—, lamento tener que molestarla. Está usted bajo el peso de una gran pena, pero creo que podría ser lo suficientemente fuerte para contestar a unas cuantas preguntas.

Nellie le dirigió una dolorida mirada.

—Estoy a su disposición, sargento —contestó.

Shagger se sentó frente a ella.

—Tenemos por delante el hecho ineludible que su marido ha sido asesinado. Dígame, ¿sabe usted si tenía enemigos? —preguntó.

—No lo creo —contestó Nellie.

—¿No está segura?

—Por supuesto que... El nunca me dijo nada al respecto, sargento. Pero usted sabe que era hombre de gran fortuna. Esto, muchas veces, comporta inevitablemente el tener algún enemigo.

—Cierto. Pero ¿hasta el extremo de querer asesinarlo?

—Malcolm está muerto —contestó ella intencionadamente.

—Sí, lo sé. Usted estaba presente cuando se disparó la flecha.

—Sí. Fue... Oh, nunca lo olvidaré, mientras viva.

—Lo comprendo perfectamente, señora. La cajita fue enviada por medio de una agencia de mensajerías.

—Sí.

—¿Vio usted al mandadero?

—No. Fue él... mi esposo, quien salió a recibirle. Volvió con el paquete y...

—Sí, señora —murmuró Shagger—, lo comprendo. Dígame ahora, su esposo, ¿tenía parientes próximos?

—No le comprendo, sargento.

—Verá, señora. No se ofenda por lo que voy a decirle, pero, a veces, los parientes sienten impaciencia por heredar a un familiar dotado de una gran fortuna.

Nellie se mordió los labios.

—Llevo diez años casada... con Malcolm y en ese tiempo sólo le oí hablar un par de veces de un sobrino llamado Rand Layless. Pero si quiere que le diga la verdad, ni siquiera le conozco personalmente.

Shagger tomó nota del nombre en una hoja de su libreta que arrancó acto seguido y entregó a uno de sus hombres.

—Tome, Williams, vea si puede averiguar algo de este individuo. Comuníqueme lo que sea apenas tenga la menor noticia.

—Está bien, sargento.

Shagger se enfrentó de nuevo con la atribulada viuda.

—Ustedes no tenían hijos, creo.

—No, sargento.

—Dijo antes que su esposo abrió personalmente la puerta.

—Sí.

—Él era hombre de gran fortuna. ¿No tienen ustedes servidumbre?

—Sí. Una doncella, pero hoy es su día libre... Tiene dos días a la semana. Se va después del almuerzo y no regresa hasta el día siguiente por la mañana.

Shagger meditó unos instantes. Antes había hablado ya con Nellie Mac Bride. Realmente, las respuestas de la mujer no podían aclararle gran cosa.

Tal vez, pensó, obtendrían algo positivo del examen de la cajita de música por los expertos. En todo caso, volvería otro rato a continuar el interrogatorio.

—Muchas gracias, señora Mac Bride —dijo, dando a entender su intención de despedirse.

CAPÍTULO II

El taxi se detuvo frente a la casa, cuyas paredes aparecían con grandes manchones de humedad debido a la lluvia que seguía cayendo incesantemente. La puerta, sin embargo, estaba protegida por una marquesina de piedra en forma de templete griego, sostenida por dos falsas columnas.

Esther Benning abrió la puerta y saltó ágilmente al suelo. A la luz del farol que había a cinco metros, su impermeable amarillo destacó como una mancha brillante en el neblinoso ambiente.

—Espere unos momentos —ordenó al taxista—. No sé si me quedaré o habremos de seguir adelante.

—Muy bien, señorita.

Esther cruzó rápidamente la acera, subió los tres escalones que separaban la puerta del suelo y tocó el timbre.

Era una muchacha de regular estatura y figura esbelta. Protegida de la lluvia por la marquesina, se bajó la capucha del impermeable, dejando al descubierto una brillante cabellera de color castaño claro.

La puerta se abrió. Una mujer de figura angulosa y mirada poco acogedora apareció ante los ojos de la joven.

—¿Sí? —dijo la mujer.

—Me llamo Esther Benning —manifestó la muchacha—. Usted anunció una habitación libre en el periódico. ¿Podría examinarla, señora...?

—Hubbard —contestó secamente la dueña de la casa—. El precio de la habitación son tres libras semanales, con derecho a desayuno por la mañana y una taza de té por la tarde. Pago adelantado, por supuesto.

—Tengo el taxi esperando. Me gustaría examinar la habitación,

para ver si nos arreglamos o buscar otro hospedaje, en caso necesario.

—Pase usted... Un momento —dijo la señora Hubbard, mirando hacia los pies de la muchacha.

Esther comprendió y sonrió.

—No se preocupe —dijo—. Esto tiene fácil remedio, señora Hubbard.

Levantó un pie y se quitó el zapato. Luego hizo lo mismo con el del pie contrario.

—Así no mancharé el suelo —exclamó con franca sonrisa, que no fue correspondida por la dueña de la casa.

—Entre —invitó la señora Hubbard.

Esther cruzó el umbral. La casa era antigua, con un sello Victoriano indiscutible. Incluso las lámparas que había adosadas a la pared empapelada pertenecían a los viejos tiempos de la luz de gas, aunque ahora habían sido adecuadas para emplear bombillas eléctricas.

Una escalera conducía al piso superior. Esther siguió a la dueña de la casa hasta un descansillo que daba a tres puertas.

—La del fondo es mi habitación —dijo la señora Hubbard—. La otra pertenece al señor Offerton, el relojero de al lado, un señor respetable y muy considerado. Ésta es la suya... si nos arreglamos, claro está.

—Nos arreglaremos —sonrió Esther alegremente.

La señora Hubbard podía ser muy antipática, o al menos lo parecía, pensó Esther, pero sabía tener la casa en un estado de limpieza irreprochable. El decorado era antiguo, aunque la habitación resultaba cálida y confortable.

—Me la quedo —dijo Esther, abriendo el bolso—. Le pagaré dos semanas adelantadas. ¿Va bien, señora Hubbard?

—A su gusto, señorita Benning —contestó la mujer—. Una advertencia.

—¿Sí, señora?

—No quiero animales domésticos de ninguna especie, incluidas las aves de jaula. Si recibe visitas masculinas, hágalo en el saloncito de la planta.

—Lo tendré en cuenta, señora Hubbard.

—Si le gusta tener licor para invitar a sus amistades, dímelo a

mí. No quiero que mis huéspedes beban a solas en su cuarto.

—No estoy acostumbrada a beber, señora —sonrió la muchacha.

—Así será mejor para todos. —La señora Hubbard dirigió una penetrante mirada a Esther—. El señor Offerton es todo un caballero —añadió intencionadamente.

Esther empezaba ya a sentirse irritada por las continuas advertencias de la dueña de la casa, pero supo dominarse.

Con encantadora sonrisa, contestó:

—Yo también soy una dama, señora Hubbard.

La mañana siguiente de la muerte de Malcolm Mac Bride, el sargento Shagger recibió un largo informe de las actividades de la víctima.

El sargento leyó detenidamente el informe. Uno de los puntos le chocó bastante.

—Hombre, esto es curioso —exclamó.

—¿Sí, sargento? —preguntó Andrews, su ayudante en el caso.

—Mire, Ted. Aquí dice que Mac Bride tuvo relaciones hará unos diez o doce años con Duke Dogan.

—¡Dogan! —exclamó Andrews, sorprendido—. ¡«El Campanero»!

—Justamente. Y usted ya sabe la reputación de que goza este sujeto.

—Por supuesto, aunque desconozco el origen de su apodo.

—Yo sé lo diré, Ted. Antes de... dedicarse a su actual profesión, si consideramos como profesión a las actividades que ejerce, estuvo trabajando en una fábrica que construía cajitas de música. De ahí le viene el apodo con que todo el mundo le conoce.

Andrews silbó.

—Bien, he ahí a un posible sospechoso, sargento.

—Usted lo ha dicho, Ted. Posible... pero probable, ah, eso ya es más difícil.

—¿Vamos a verle? —propuso el agente.

—A la tarde. Ahora tengo que hacer otras cosas, entre ellas esperar el informe del forense y el de los expertos que están examinando la caja que lanza flechas envenenadas.

Croton llegó poco después de mediodía. Sin la menor ceremonia, se sentó en una esquina de la mesa y arrojó un papel sobre la carpeta que había delante de Shagger.

—El informe de la autopsia —dijo.

En aquel momento, sonó el teléfono.

—Un momento, doctor —dijo el joven, tomando el auricular—. Sargento Shagger —se anunció.

—Soy Williams —dijo una voz—. Lo siento, sargento; no he podido dar hasta ahora con el menor rastro del sobrino del muerto.

—Está bien, Williams. Ya lo encontraremos.

Shagger colgó el aparato y miró al forense.

—Hable, doctor.

—Mac Bride tuvo la doble mala suerte de recibir el flechazo en el corazón, y una buena dosis de curare, eso es todo.

—Lo cual significa que murió un minuto antes de lo calculado por el asesino.

—Exactamente.

Shagger se pellizcó el labio inferior.

—Pero supongamos que pone en marcha la música de la cajita y se aleja para escucharla desde lejos. La flecha no le hubiese alcanzado.

—Tal vez —admitió Croton—. Pero el asesino especuló con el hecho de que, siendo la primera vez que oía la música, Mac Bride estaría cerca de la cajita.

—Aun así —dijo Shagger—. La cajita, como usted sabe, tiene seis caras, y no iba a colocar una flecha en cada una de ellas para no errar el tiro, suponiendo que, efectivamente, Mac Bride sostuviera la caja con sus manos la primera vez o, por lo menos, se encontrase muy cerca de ella. En el salón no se halló ninguna otra flecha y en tal caso, habrían aparecido más... Incluso la propia señora Mac Bride habría corrido peligro de ser alcanzada por uno de esos mortíferos proyectiles.

—¿Y qué me dice usted si fue la propia señora Mac Bride la que sostuvo la caja con las manos, apuntando hacia su marido la cara por dónde iba a salir su flecha?

Shagger se quedó mirando al forense, con los ojos muy abiertos, en completo silencio.

Croton soltó una risita.

—Nellie Mac Bride no es una jovencita, pero está bastante mejor que eso que suele decirse de una mujer madura... «de muy buen ver». No ha cumplido los cuarenta ni de lejos y tiene una figura

arrogante y vistosa... y no echemos en saco roto el cofre bien lleno que poseía su marido.

Shagger se frotó la mandíbula nerviosamente.

—Ella misma dijo que su esposo no tenía más que un pariente lejano.

—Por lo que, a menos que se disponga otra cosa en el testamento, ella es su única heredera.

El joven reflexionó unos momentos. Luego, inclinándose hacia el interfono, llamó:

—¡Andrews!

—Dígame, sargento.

—Hay que vigilar a la señora Mac Bride. Quiero estar al corriente en todo momento de la menor de sus actividades.

—Sí, señor.

—Otra cosa. Envíe un hombre a que averigüe si Mac Bride dejó hecho testamento.

—Está bien, señor.

Shagger cortó la comunicación. El forense se levantó.

—Bien, ahí le dejo con sus problemas, sargento. Por mi parte, he terminado ya.

—Gracias, doctor.

Más tarde llegó uno de los hombres del laboratorio.

—La superficie de la caja presenta huellas del señor y la señora Mac Bride —informó.

—O sea, que ambos tuvieron la caja en sus manos.

—Así fue, sargento.

Shagger se reclinó en su sillón.

—¿Cuál de los dos la tuvo antes: él o ella? —murmuró.

—¿Decía usted, sargento? —preguntó cortésmente el técnico.

—No, nada, Alleyn —respondió Shagger—. Hablaba conmigo mismo... Dígame, ¿han estudiado los mecanismos de la cajita?

—Yo la he examinado superficialmente y ahora está en manos de los expertos pertinentes —dijo Alleyn—. Sin embargo, creo poder asegurar cómo se produjo el disparo... si es que se le puede llamar así.

Shagger hizo un gesto con la mano.

—Adelante. Hable, Alleyn —invitó.

—Bien, más o menos ya se sabe cómo funciona una cajita de

música. Un mecanismo de cuerda, un eje con pestañas que gira y una serie de lengüetas que vibran y emiten una nota determinada... como las pianolas y organillos.

—Sí, eso ya lo sé yo.

—Bien, a mí entender, al dar la cuerda, la música empieza a sonar. El eje gira y las lengüetas vibran, emitiendo la pieza grabada... bueno, digo grabada por la costumbre, aunque no es así, en realidad. Pero la lengüeta que ha emitido la nota final ha sido sustituida por un pestillo que asegura el muelle de proyección. Cuando la pieza musical termina, el pestillo se suelta, el muelle se dispara y... Bien, la caja tenía un orificio en una de sus caras, por dónde salió el proyectil.

—Un ardid diabólico, Alleyn, desde luego —convino el joven—. Ahora imagínese que el asesino que envió la cajita por un mensajero hubiera calculado mal y Mac Bride no sostiene la caja en la posición deseada. El tiro hubiese fallado, ¿no cree?

—¿Y si otra persona hubiese sostenido la cajita de música en la posición adecuada?

«Ya son dos las personas que sospechan de la viuda», pensó el joven.

—Es posible, aunque hay que tener en cuenta que, a fin de reducir los errores al mínimo, la flecha estaba embadurnada de curare. Un simple rasguño hubiera bastado para producir la muerte de Mac Bride en pocos minutos por parálisis de los músculos respiratorios.

—Eso es verdad también. Las huellas de la señora Mac Bride están en la superficie de la caja, pero...

—Pero ¿qué, Alleyn?

—Pues que yo, sencillamente, en el lugar de la viuda, de haber deseado la muerte de mi esposo, habría elegido otro medio menos complicado.

—¿Veneno?

Alleyn hizo un gesto ambiguo que no quería decir nada.

—No es corriente que una mujer asesine a su esposo de una manera tan complicada, en efecto —convino el sargento pensativamente—. Un tiro, el veneno... pero una cajita de música y una flecha envenenada... Esto sugiere, por lo menos, la existencia de un cómplice, ya que no es presumible que ella hubiese podido

preparar los mecanismos de la cajita.

—Nellie Mac Bride es aún joven y hermosa —dijo Alleyn intencionadamente.

—Y su marido era muy rico, si —suspiró Shagger, que no sabía a qué carta quedarse.

CAPÍTULO III

La parada del autobús quedaba a unos cien metros de la casa, distancia que Esther Benning cubrió a pie, protegida de la lluvia por el paraguas y el impermeable.

Antes de su hospedaje, pasó por delante de la relojería. El dueño, Croyd Offerton, estaba atendiendo a una cliente en aquel momento.

Esther lanzó una mirada al iluminado interior de la tienda, cuyo aspecto era más bien modesto. Offerton parecía un ser insignificante: estatura mediana, ademanes tímidos, ropas mal cortadas y demasiado holgadas, y claros indicios de una no lejana calvicie. La muchacha calculó que el hombre debía rondar el medio siglo.

Sin saber por qué, sintió cierta compasión por él. Todavía no le había sido presentado siquiera, pero tenía la sensación de que era un tipo solitario, sin familia ni afectos, entregado a su trabajo como única distracción. Los hombres como Croyd Offerton pasaban silenciosamente por la vida, morían un buen día... y nadie los echaba luego de menos, ni siquiera las personas que obtenían un beneficio de ellos, como la seca y adusta señora Hubbard. Tenía llave de la casa. Abrió la puerta, pero antes de entrar, se despojó de los chanclos, que dejó sobre un recipiente adecuado que había en el vestíbulo.

La dueña apareció casi en el acto, al ruido. Se ajustó el chal de lana sobre los hombros y miró a la muchacha con aire receloso.

—Parece que viene usted un poco tarde —comentó.

—Me entretuve cenando con una compañera de la oficina —respondió la muchacha, dejando el paraguas junto a los chanclos.

—Ordinariamente, cierro la puerta a las diez de la noche.

—Son las ocho y media, señora Hubbard. Además, cuando contraté la habitación, no se habló para nada de un horario definido.

—Ahora se lo digo yo —declaró la mujer en tono retador.

Esther suspiró. No tenía ganas de entrar en discusiones. Al menos, la señora Hubbard no era como otras patronas que había conocido. Le cobraba un buen precio por el hospedaje, pero mantenía una excelente calefacción en toda la casa.

—Sí, señora —dijo.

Y se dirigió hacia la escalera.

Al llegar a su cuarto, se cambió de ropa, envolviéndose en una bata de cálida lana. Tenía un pequeño aparato de radio a transistores y lo conectó para escuchar un poco de música, mientras leía una novela.

«Tengo que comprarme un televisor portátil —pensó, arrellanándose en el sillón—. Pero habré de esperar unos meses, a fin de no consumir los ahorros».

Leyó durante un buen rato. A las nueve y media, se metió en la cama.

Continuó la lectura, hasta que sintió que le entraba sueño. De pronto, oyó pasos por encima de su cabeza.

Frunció el ceño. ¿Quién había en el piso superior?

De repente recordó que la casa no tenía otro piso. Lo que tenía sobre su cabeza era el desván.

Sonó un golpe fuerte, seco. Los pasos se detuvieron bruscamente.

Esther se sentó en la cama, mientras aguzaba el oído. Volvió el silencio, apenas interrumpido por el monótono rumor de la lluvia.

Al cabo de unos minutos volvió a oír nuevos ruidos. Ya no eran pasos ni sonidos de objetos caídos al suelo. Era como un «*crick, crick*» de tonos metálicos agudos, aunque apagados por los obstáculos que tenían que franquear hasta llegar a los tímpanos de la muchacha. Luego le pareció captar un sordo zumbido... como si alguien estuviese practicando un agujero con un berbiquí.

Esther se sintió alarmada. ¿Había ladrones en el desván?

Saltó de la cama, metió los pies en las zapatillas y se puso la bata.

Acto seguido, salió al pasillo.

Corrió hasta la puerta del dormitorio de la dueña de la casa.

—¡Señora Hubbard! —llamó.

La puerta del dormitorio se abrió momentos después. Cubierta con una bata y con numerosos tufos en su pelo, la señora Hubbard apareció ante los ojos de la muchacha, contemplándola con su inveterado mal humor.

—¿Qué le ocurre, señorita Benning? —inquirió.

—Perdóneme, señora Hubbard. He oído ruidos en el desván... encima de mí dormitorio...

—¿En el desván? —La mujer soltó una agria carcajada—. No hay desván en esta casa, señorita Benning; sólo un falso techo debajo del verdadero, donde ni una rata podría pasearse. Seguramente se durmió y soñó que escuchaba ruidos, confundiendo esos sueños con la realidad.

—Acababa de acostarme —manifestó la muchacha—. Ni siquiera tenía apagada la luz.

—En todo caso, esos ruidos serán de la casa contigua, pero no en la mía. Jamás los he escuchado —contestó la mujer con toda firmeza.

—Lamento haberla molestado, señora Hubbard —dijo Esther, enojada—. Únicamente se lo dije por si se podía tratar de ladrones.

—Ustedes, las jóvenes de hoy día, tienen demasiadas ideas en la cabeza. Son independientes y porque creen que ganar un sueldo ya lo es todo, piensan que...

—¡Señora Hubbard! No la llamé para insultarme —exclamó Esther indignada—. Si usted cree que esos ruidos no son ciertos, le basta con decírmelo, pero sin realizar comentarios ofensivos para mí.

El rostro de la dueña enrojeció vivamente. Fue a decir algo, pero en aquel momento, le interrumpió una voz de tonos melifluos:

—¿Sucedé algo, mi querida señora Hubbard?

Las dos mujeres se volvieron a un tiempo. Parado bajo el dintel de la puerta del extremo del pasillo, se veía al otro inquilino de la casa.

—Nada de particular, señor Offerton —dijo la dueña—. Ésta es la señorita Benning, mi nueva huésped. Señorita Benning, el señor Offerton.

Esther y el relojero se saludaron con ceremoniosas inclinaciones

de cabeza. La señora Hubbard continuó:

—La señorita Benning sostiene que se han producido ruidos en el desván... es decir, en el falso techo, porque en esta casa no hay desván. ¿Ha oído usted algo, señor Offerton?

—No, en absoluto; dormía profundamente —contestó el relojero—. Pero creo que ya sé de qué se trata.

—¿Sí? —murmuró Esther.

—La lluvia. Esta casa es vieja... dispéñeme, señora Hubbard —sonrió Offerton, como si supiera que el llamar viejo al edificio fuese a molestar a la dueña—. Naturalmente, la viguería de madera sufre efectos de dilatación y de contracción, que son los que producen los crujidos que sin duda alarmaron a la señorita Benning.

—A mí no me parecieron en modo alguno crujidos de madera vieja —declaró Esther enérgicamente.

Offerton emitió una benigna sonrisa.

—La madera vieja produce sonidos de muy distintas tonalidades, según su clase, la época del año, el grado de humedad... Estrictamente, no se les puede denominar crujidos, aunque, efectivamente, lo sean.

La señora Hubbard dirigió a la muchacha una mirada triunfal. «¿Lo ve usted, pedazo de estúpida?», parecía querer decir con el gesto.

—Está bien —dijo Esther, sintiéndose vencida—. Lamento haberles molestado por nada. Buenas noches.

Y se retiró a su cuarto con toda la dignidad que le fue posible.

Se metió en la cama y encendió un cigarrillo, a fin de tranquilizar un tanto sus nervios. Había oído los ruidos.

Y no se trataba de crujidos de viejas vigas, tenía la seguridad absoluta de ello.

La señora Hubbard le había mentido... mentido descaradamente. ¿Por qué?

«No es una anciana precisamente, pero parece una vieja bruja», resumió finalmente sus poco agradables pensamientos hacia la antipática patrona.

Y aunque le costó un poco de trabajo, consiguió dormirse, con el sueño profundo y tranquilo de sus veinte y pocos años, a lo cual contribuyó poderosamente el monótono sonsonete de la lluvia que continuaba cayendo incesantemente.

A las cinco de la tarde, el sargento Shagger se puso en pie y se dirigió al perchero del rincón, del que descolgó su sombrero y su impermeable.

Luego salió de la oficina y pasó por el despacho contiguo. El detective Andrews se puso en pie al verle salir.

—¿Sargento?

—Vamos, Ted.

Los dos hombres abandonaron el Yard en un coche policial. Media hora más tarde se hallaban en la entrada de un establecimiento de bebidas y billares, cuyo título no ofrecía ningún consuelo al cliente: «Sad Elm» («El Olmo Triste»).

—Vaya capricho del que bautizó este tugurio de esa forma —comentó Andrews, mientras descendían la docena de escalones que llevaban a la entrada.

El ambiente estaba cargado de humo. Se oía el seco choque de las bolas de billar casi continuamente. Al fondo había un largo mostrador, lleno en más de su mitad.

El «Sad Elm» tenía una veintena de mesas de billar, ninguna de las cuales estaba desocupada. En lugares estratégicos había mesas, donde los curiosos podían seguir el desarrollo de las jugadas, a la vez que hacían sus consumiciones favoritas.

El local tenía, además, otra ventaja: estaba servido por muchachas vestidas con más decoro del que cabía esperar en un lugar semejante, pero todas ellas bastante guapas.

Un par de tipos con aspecto de matones se paseaban incesantemente vigilando a la clientela y a las chicas. Éstas no debían ser molestadas dentro del establecimiento. Fuera, que cada cual hiciera lo que quisiera. Pero en el trabajo se debían a la casa.

Una rubia de ojos expertos, pechos desarrollados y amplias caderas se les acercó apenas cruzaron el umbral, sonriendo profesionalmente.

—¿Los caballeros desean alguna mesa? —invitó.

—Deseamos ver al señor Dogan —dijo el joven.

La sonrisa se borró de los labios de la camarera.

—El señor Dogan está muy ocupado en estos momentos. No le gusta que le molesten cuando juega su partida diaria...

—¡Allí lo veo, jefe! —exclamó Andrews en aquel momento, señalando hacia una de las mesas situadas casi en el lado opuesto

del local.

—Gracias, señorita —dijo Shagger.

Y pasando por un lado de la curvilínea rubia, siguió su camino.

Duke Dogan era un tipo próximo a la cuarentena, alto, de hombros anchos y vestimenta elegante. Visto de espaldas, podía parecer un acaudalado hombre de negocios —en realidad, los tenía —, pero cuando se le miraba de frente, se sabía en realidad que los negocios legítimos no eran sino una simple tapadera de otras actividades menos legítimas. Sus ojos eran duros, crueles, rapaces, y su cara, pulcramente afeitada en todo momento, parecía tallada a golpes de cincel en un bloque de granito.

—Hola, «Campanero» —saludó el joven.

Esther Benning lanzó una repentina exclamación. Su compañera de trabajo, Annie O'Hara, que se estaba pintando los labios, para abandonar ya la oficina, preguntó:

—¿Qué te sucede, Esther?

—Esta carta, Annie —contestó la muchacha, enseñándole un sobre de forma alargada.

—Bueno, déjala por ahí. Ya la despacharemos mañana.

—Es que recuerdo perfectamente que el señor Dogan la estaba esperando con impaciencia. Me preguntó por ella dos o tres veces durante el día.

—Bueno, con decirle mañana que ha llegado ahora... Hace diez minutos que se marchó; ya no puedes alcanzarle.

—Pero... a mí me pareció que tenía mucha importancia. Además, no puedo decirle que llegó mañana, cuando vino con el restante correo de hoy. Lo que pasa es que debió quedarse debajo de estos papeles y no la he visto hasta este momento. Tengo que llevársela, Annie.

Annie guardó en el bolso la barra de labios y el espejito. Encogió los hombros.

—A tu gusto, nena. Desde luego, se ve que llevas poco tiempo en el trabajo. Yo, en tu lugar...

—Annie, por favor, dime dónde vive el señor Dogan. O, por lo menos, su número de teléfono. Tal vez me ordene abrirla y que se la lea a través de...

—El número de teléfono no lo sé, ni me preocupa —contestó Annie, tan fresca—. Su domicilio, sí, pero ir a buscarlo a estas horas

es como buscar esquimales en Calcuta. A estas horas, nuestro amado jefe está siempre en «Sad Elm».

—¿Qué es eso? ¿Dónde está?

Annie le dio la dirección. Luego, riendo, añadió:

—Pero pasa antes por una casa de alquiler de disfraces y ponte una coraza. La vas a necesitar, te lo aseguro.

CAPÍTULO IV

Duke Dogan falló la tacada y en un tris estuvo que no rasgara el paño de la mesa de billar.

—No me gusta que me llamen así —dijo heladamente, mientras contemplaba al sargento.

—Dispénsame, señor Dogan —contestó el joven con acento contrito—. Se me escapó sin querer. Soy...

—Le conozco —atajó Dogan con sequedad—. ¿Qué es lo que quiere de mí, sargento?

—Cambiar.

—Cambiar, ¿qué? —preguntó Dogan extrañado.

—Preguntas por respuestas —dijo el joven, que no carecía del sentido del humor.

Dogan arrojó el taco sobre la mesa.

—Sigan jugando, muchachos —ordenó a sus compañeros—. Vamos al mostrador, sargento; allí estaremos mejor.

Shagger y Andrews siguieron al sujeto. Éste chasqueó los dedos y una bonita camarera le puso al momento delante un doble de *whisky*.

—Ya sé que están de servicio —dijo Dogan—. Por eso no les invito a beber.

—Pero podemos tomar té —sonrió Shagger—. Es decir, si aquí conocen el significado de esa palabra... si tienen existencias de esa planta y si se sabe también el modo de prepararla.

—Dos tazas de té, Molly —ordenó Dogan con voz bronca—. Vamos, sargento, desembuche de una vez. ¿Qué es lo que quiere de mí? ¿Qué respuesta canjearé a cambio de sus preguntas?

—El nombre del tipo que asesinó a Malcolm Mac Bride.

—Ah, conque era eso —murmuró Dogan—. Estoy en blanco,

sargento.

—Vamos, vamos, señor Dogan, no se haga usted el modesto. Sabemos perfectamente que, en otros tiempos, era usted un hábil artífice que elaboraba unas preciosas cajitas de música. Claro que de eso hace ya veinticinco años...

—¡Diecisiete! —rugió Dogan—. Entonces tenía veinte... y no me haga usted tan viejo.

—Vaya, vaya, la coquetería de la juventud —sonrió el sargento—. Diecisiete años, bueno. Tal vez Mac Bride habría podido vivir el doble. Pero hace unos siete u ocho años estuvo relacionado con usted.

—Tuvimos negocios comunes durante dos años.

—¿Qué clase de negocios?

Dogan hizo un gesto ambiguo.

—Oh, eso... Usted ya me comprende, sargento.

—Prefiero no comprenderle, Dogan. Me gustan las cosas concretas.

—Bueno, él me dio un dinero para que yo lo invirtiese...

—¿En qué?

—¡Es usted exasperantemente preguntón, demonios! Ya casi no me acuerdo de qué clase de negocios. Importación y toda la pesca.

—Bien, ¿y cómo se resolvió la asociación?

—Pues que él empezó a progresar por otro lado y se separó de mí, amistosamente, desde luego. Usted ya sabe a dónde había llegado ahora; estaba bien considerado, tenía una mujer hermosa, dinero en abundancia —verdadera abundancia, sargento, no como yo, que soy un mercachifle de tres al cuarto.

—Su modestia sigue siendo digna de imitación —comentó Shagger sarcásticamente—. ¿No quedó algún poso?

Dogan enarcó las cejas.

—¿Poso? Sea concreto, sargento... —Se mordió los labios y emitió a media voz una gruesa interjección—. Sí, le entiendo, maldita sea. Usted lo que quiere saber es si de nuestra asociación quedó algo que no nos satisficiera a ambos.

—A usted, señor Dogan —dijo Shagger educadamente. Se quitó el sombrero—. Recordemos que el señor Mac Bride ha fallecido.

—Pues yo no he sido —gruñó Dogan—. Pero no me cabe duda de que quienquiera que lo haya hecho, es un benefactor de la

sociedad.

—¿Por qué?

—No era trigo limpio.

—¡Oh, cándida y pura paloma! —dijo el joven, mirando a su interlocutor significativamente—. Vamos, Dogan, en lugar de llamarle «Campanero», tendremos que llamarle «El Eскурridizo». ¿Qué hacía Dogan de ilegal?

—¿Por qué no se lo pregunta usted a la viuda?

—¿Cree que ella conocía los negocios sucios de su esposo?

Dogan soltó una agria carcajada.

—¿Qué es lo que inspira a los poetas?

—Ah, vamos, quiere decir que ella era su musa.

—Ajá.

—¿Cómo lo sabe?

—Tengo buenos oídos.

Shagger examinó las manos del sujeto. Eran largas, delicadas, bien cuidadas, pero se adivinaba en ellas la fortaleza suficiente para doblar una herradura.

—Y buenas manos. Pudo preparar la trampa mortal con sólo adquirir una cajita de música y refrescar viejos conocimientos.

—Claro. ¿Y qué beneficios habría obtenido yo de ello?

—Usted lo sabe mejor que yo, señor Dogan.

—Mire, sargento —dijo Dogan impaciente—. No he sido yo... y no voy a hablar siquiera de coartada, porque éste no es un caso de coartada. Alguien quería mal a Mac Bride, eso es todo. Le aseguro que desde que rompimos la sociedad, no hemos vuelto a tener trato alguno.

Un sujeto enorme, que parecía un oso con ropas humanas, se acercó al trío.

—¿Necesita algo de mí, jefe? —preguntó con voz que parecía brotar de las profundidades de la tierra.

—No, gracias, Artie. Déjanos, estoy hablando con un buen amigo.

—Está bien, jefe, como usted quiera —contestó el gorila—. Pero si necesita de mí...

Y tras arrojar una profunda mirada al joven, se alejó con paso tardo, mirando inquisitivamente a derecha e izquierda.

—Buen animal de feria, señor Dogan —comentó Shagger,

sonriendo.

—Cuida del orden en el local, sargento —respondió Dogan simplemente.

—Ah, vamos, su Scotland Yard particular.

—Él no tiene nada que ver conmigo —declaró Dogan, furioso.

—Pero le ha llamado jefe. Lo cual significa que el local le pertenece.

—Es de un amigo mío...

—Un hombre de paja.

Dogan apretó los labios.

—Sargento, no he cometido ningún delito, así que deje de molestarme ya de una vez. Lo único que deseo es conocer al autor de la muerte de Mac Bride. Le enviaré buena comida mientras esté preso; se lo merece.

—¿Por qué?

—No hablaré más. Investigue, en su trabajo.

—¿Y qué cree usted que estoy haciendo, señor Dogan?

El hombre soltó una maldición.

—Escuche, conozco mis derechos. Si quiere interrogarme en forma, obtenga un mandato judicial y...

Una voz femenina, clara y fresca, le interrumpió en aquellos instantes.

—¿Señor Dogan?

El sujeto se volvió con ademán de ira, que se trocó en una rápida sonrisa al ver a la joven que estaba frente a él.

—Ah, señorita Benning —exclamó—. ¿Qué hace aquí?

—Excúseme, señor Dogan —dijo Esther—. Resulta que la carta que usted esperaba había llegado ya. Cómo sé el interés que tenía ella, me permití traérsela... Annie me dijo que podía encontrarle aquí. Le ruego me dispense, señor Dogan —agregó la muchacha—; creo que se traspapeló y fue por mí culpa...

Mientras hablaba, había abierto el bolso, y extraído la carta, que entregó a Dogan. Éste la tomó y se dispuso a rasgar el sobre, pero entonces, se dio cuenta de que Shagger estiraba el cuello para leer la dirección del remitente.

—La correspondencia es inviolable, sargento —dijo Dogan malhumoradamente.

—Pero yo tengo ojos con mecanismo de Rayos X y sé qué es lo

que dice esa carta —sonrió el joven.

—¿Ah, sí? Explíquemelo, ¿quiere? —contestó Dogan zumbonamente.

—Por supuesto. El contenido de la carta es el siguiente:

«Querido señor Dogan:

»Por la presente, nos es grato manifestarle en lista adjunta los precios corrientes hoy, según las últimas cotizaciones del mercado, de heroína, cocaína, opio marihuana y demás drogas, incluidas las últimas grabaciones de “The Beatles”. Esperamos ansiosamente, su merecido pedido y nos reiteramos... etcétera... etcétera, etcétera...»

A medida que el joven hablaba, el rostro de Dogan adquiría una coloración escarlata cada vez más pronunciada. Por su parte, Esther oía la conversación llena de asombro, sin saber a ciencia cierta de qué se trataba, aunque se daba cuenta que su jefe estaba sumamente encolerizado.

—Eso es un infundio y usted lo sabe mejor que nadie —farfulló Dogan, cuando por fin hubo recobrado el habla.

—Claro, claro —sonrió el joven—. En fin, usted perdone la molestia. Vámonos, Ted. Señorita...

Los dos policías salieron al exterior.

—Ted, búsquese un lugar adecuado y espere a que salga nuestro hombre. Péguase a sus talones y sígale dondequiera que vaya.

—Bien, sargento.

—Yo me quedo aquí. Quiero hablar con esa chica.

—De acuerdo.

Andrews subió a la acera y buscó un portal próximo, en el que se guareció y desde donde podía vigilar la entrada del local. Shagger quedó junto a la entrada. Suponía que la muchacha no tardaría mucho en salir, como así sucedió, en efecto.

Dogan leyó rápidamente el contenido de la misiva.

—Está bien, señorita. Gracias por habérmela traído.

—Le ruego una vez más me dispense...

Dogan agitó la mano benignamente. Su primer impulso había sido despedir a Esther, por haber cometido la imprudencia de traerle la carta, sobre todo, en un momento tan crítico, pero luego se lo pensó mejor.

«Shagger está esperándola», pensó astutamente. «Es una chica de confianza; no le diré nada».

—No tiene importancia —sonrió ampliamente—. Todos estamos expuestos a cometer errores. Gracias por todo. ¿Una taza de té?

—No, muchas gracias. Se me hace tarde ya y...

—Seguramente vino hasta aquí en taxi, ¿verdad? Está bien, mañana le abonaré el importe en la oficina; ahora no parecía discreto delante de la gente. Tome otro para ir a su casa y dígame mañana el total del gasto. Muchas gracias, señorita Benning.

—A usted, señor Dogan.

CAPÍTULO V

Esther abandonó el local bastante disgustada. El señor Dogan parecía una persona correcta y bien educada y, por lo poco que había podido juzgar en el escaso tiempo que llevaba trabajando en su despacho, sus negocios eran absolutamente lícitos. Pero lo que no le agradaba en absoluto era el lugar donde el señor Dogan se retiraba a entretener sus ocios.

«Parece un antro de ladrones», pensó en el momento de cruzar el umbral.

Y entonces sonó una voz en sus oídos.

—¿Señorita?

Esther se volvió sorprendida, y contempló durante unos instantes la silueta masculina que tenía frente a sí. Reconoció al hombre.

—Soy el sargento Shagger, de Scotland Yard —se presentó el joven—. Si lo desea, puedo enseñarle mi documentación, señorita...

Ella contestó:

—No es necesario, señor Shagger. Oí que mi jefe pronunciaba su grado, de modo que supongo que es cierto que pertenece al Yard. Me llamo Esther Benning. ¿Qué es lo que desea de mí, sargento?

Shagger le indicó la escalera.

—Subamos, por favor. Tengo el coche a mano y puedo llevarla adonde me indique. Hablaremos por el camino... si no tiene usted inconveniente. La noche está muy desapacible —añadió persuasivamente.

—Está bien —aceptó Esther, tras una ligera vacilación—. Pero le advierto que me dirijo a casa directamente.

—Indíqueme su dirección y tendré mucho gusto en llevarla.

—Cowes Street, 40.

—Muy bien. Vamos.

Entraron en el auto, estacionado a pocos pasos. Shagger puso en marcha el motor y el vehículo arrancó de inmediato.

—Es una conversación privada, de modo que no está obligada a contestarme si no quiere —advirtió para empezar—. Pero también le diré que hay un asesinato de por medio y que su jefe es uno de los sospechosos... lo cual no significa, ni mucho menos, que sea culpable.

—No creo que el señor Dogan sea un asesino —dijo ella, apretando mucho los labios. Pero se dijo, ¿por qué se habían mencionado las drogas después que ella le entregó la carta?

—¿Le aprecia usted mucho? —preguntó Shagger intencionadamente.

—Hasta ahora, se ha portado siempre muy bien conmigo.

—No lo dudo. En sus negocios, digamos legales, es un tipo que actúa siempre con toda consideración.

—¿Es que tiene otra clase de negocios?

Shagger eludió la respuesta.

—¿Qué tiempo lleva trabajando con él?

—Cinco... no, seis semanas.

—Entonces, es natural que no le conozca. ¿Sabía que le llaman «El Campanero»?

Esther pegó un respingo.

—¡No! ¿Por qué?

—¿Lee usted los periódicos, señorita Benning?

—Por supuesto.

—Entonces, estará enterada del crimen de la cajita de música.

—Claro.

—En su juventud, Dogan hacía cajitas de música. De ahí le viene el apodo.

Esther se encogió instintivamente en el asiento.

—Entonces, ¿asesinó él a Mac Bride?

—No puedo asegurar nada, pero tampoco me extrañaría que lo hubiese hecho.

—¿Por qué? —preguntó la muchacha con un hilo de voz.

—Eso es lo que estamos tratando de averiguar.

—Dios mío —murmuró Esther aterrada—. No lo puedo creer. Un hombre tan correcto, atento, ponderado...

—Ésa es su fachada exterior. Pero ya ha visto dónde pasa sus ratos de ocio. «Sad Elm» es uno de los lugares de Londres donde hay más hampones por metro cuadrado. Y el local, aunque no figure legalmente, es suyo, así como otros negocios aún menos claros y cuyo nombre me abstengo de pronunciar por decoro.

—Es horrible, horrible... Entonces, ¿es un «gángster»?

—Más o menos —admitió el joven.

—Nunca lo supuse cuando entré a trabajar en su oficina. De haberlo sabido, no habría aceptado el empleo. Creo que me despediré mañana...

—No lo haga —advirtió Shagger.

—¿Cree que puedo seguir allí después de todo lo que me ha dicho?

—Tiene que seguir —afirmó él—. Le haría entrar en sospechas y... A fin de cuentas, usted no hace nada que se salga en absoluto de la Ley. La oficina donde usted trabaja es perfectamente legal. No hay peligro alguno, se lo garantizo.

—A pesar de todo...

—No se despidas. Al menos, por ahora. ¿Conoce usted a N. Fogarty? —preguntó él de sopetón.

—No. Nunca le he visto. Es el que le enviaba la carta, ¿no es así?

—Capté el nombre en el dorso cuando usted se la entregó. Pero se me escapó la dirección.

Esther se mordió los labios.

—Greenwood Place... Lo siento, no recuerdo el número con exactitud. Más que nada, me fijé en el nombre, porque él dijo que esperaba esa carta con bastante interés. Una vez que la vi, la eché en el bolso y...

—Está bien, nosotros averiguaremos el resto. No se preocupe de más... y si Dogan le pregunta algo, contéstele que se negó a decirme nada. Siga trabajando con toda normalidad, repito que usted no debe temer nada.

—Lo haré, aunque creo que me será difícil disimular.

—Tendrá que hacerlo —sonrió el joven—. Ya verá cómo no le cuesta nada en absoluto.

Guardaron silencio un momento. Sólo se oía el tenue rumor de los limpiavidrios, oscilando monótonamente a un lado y a otro, y el rumor de los neumáticos sobre el asfalto brillantado por la lluvia.

—Sargento —dijo Esther de pronto.

—¿Sí, señorita Benning?

—¿Es cierto que el señor Dogan anda... enredado en asuntos de drogas?

—Aunque no es de la competencia de mí departamento, creo estar en condiciones de responder afirmativamente.

—¿Y por qué no le detienen y le condenan?

El joven emitió una amarga risita.

—Mi querida señorita Benning, para llegar a ese extremo se necesitan pruebas y el amigo Duke Dogan es un sujeto de lo más escurridizo que uno pueda imaginarse.

—Comprendo —dijo Esther, sumamente pensativa.

Momentos después, llegaban frente a la casa de la muchacha.

—Aquí es —manifestó.

Shagger detuvo el coche.

—Ha sido un placer conocerla —sonrió.

—Las circunstancias no han sido muy satisfactorias.

—Lo siento, no es culpa mía.

—Claro. Buenas noches, sargento.

—Buenas noches, señorita Benning.

Esther entró en la casa bastante preocupada por cuanto acababa de escuchar. Tan pensativa estaba, que no se acordó de que tenía aún los chanclos puestos, hasta que oyó la agria voz de la señora Hubbard, que la interpelaba en tono seco.

—¡Señorita Benning! Sin duda no sabe estimar usted los esfuerzos que hago por mantener limpio el pavimento. ¿O es que se cree que está todavía en medio de la calle?

Esther se detuvo, momentáneamente cortada, y empezó a quitarse los chanclos.

—Le ruego me dispense —dijo—. No me di cuenta.

—Claro, claro —exclamó la mujer sarcásticamente—. Como que estaba pensando en el hombre que la ha traído hasta casa en su auto. Las muchachas de hoy día carecen del menor sentido de...

—Ese hombre era el sargento Shagger, de Scotland Yard, señora Hubbard —cortó Esther secamente—. Y si me trajo hasta aquí, fue porque lo estimó necesario, no porque entre él y yo exista nada de lo que usted piensa con su repugnante cerebro.

Lanzó los chanclos sobre el cajón destinado a ellos y subió las

escaleras arrogantemente, con la barbilla levantada, sin mirar hacia atrás, satisfecha de haber cortado en seco los desagradables comentarios de su patrona, la cual parecía haber perdido de repente la facultad de hablar.

Duke Dogan entró en su despacho, seguido por dos de sus más fieles acólitos, Artie Calder, el sujeto con aspecto de oso, y Mitt Schutz, un tipo de ojos agudos y expresión zorruna.

El humor de Dogan era pésimo.

—Alguien quiere colgarme la muerte de Mac Bride —dijo—. Necesito que investiguéis a fondo quién pudo enviar la cajita de música. —Metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de billetes—. Tomad, no escatiméis los gastos. Pero quiero resultados, ¿estamos?

Calder y Schutz asintieron en silencio.

—No busquéis por las tiendas lujosas; el hombre que preparó la trampa tuvo que comprar la cajita en algún lugar de poca importancia. Pero el vendedor tiene que recordar a la fuerza quién compró la cajita de música. Digo esto, porque era de un tamaño desusado y, además, sin adornos excesivos ni figuritas animadas en su tapa superior, ni reloj ni nada parecido. Una simple caja de música, eso es todo.

—De acuerdo, jefe —contestaron los dos rufianes a dúo.

—Yo tengo que salir ahora —manifestó Dogan—. Nos veremos mañana a las seis y media, aquí mismo.

—Suponiendo que hayamos averiguado algo, ¿le llamamos a su despacho?

—No, mil veces no. Aquélla es una oficina completamente legal. No quiero que nadie pueda relacionar aquel negocio con los restantes. Aquí mañana, a las seis y media. Eso es todo.

Los dos hampones abandonaron el despacho. Al quedarse solo, Dogan se sirvió una copa, mientras mascullaba:

—¿Qué diablos querrá ahora esa estúpida? Al cabo de tantos años... ¿Y se le ocurre acordarse de mí en estos momentos?

Bebió la copa de un golpe y luego recogió el sombrero y el impermeable. Minutos más tarde, montaba en su coche y arrancaba en dirección al lugar de la cita.

Un taxi se puso en movimiento en el acto. En su interior, como pasajero, viajaba el agente detective Ted Andrews.

CAPÍTULO VI

La puerta se abrió apenas hubo sonado el timbre. Dogan cruzó el umbral y casi en el acto, una hermosa mujer, con los ojos llenos de lágrimas, se arrojó en sus brazos.

—Oh, Duke —gimió—, creía ya que no ibas a venir. He estado esperándote todo el día...

Dogan se soltó de los brazos que le ceñían el cuello.

—Será mejor que te calmes —refunfuñó—. Dame primero una copa, ¿quieres?

—Sí por supuesto —respondió ella enjugándose ojos con un pañuelito—. Quítate el impermeable y acomódate por ahí, Duke.

La mujer se alejó. Su cuerpo explosivo estaba enfundado en un ajustado traje negro, que hacía resaltar incitantemente las opulentas líneas de su anatomía.

Dogan hizo una mueca.

—Hay que reconocer que el luto te sienta estupendamente.

La mujer volvió a poco y se sentó frente a él, inclinándose hacia adelante.

—Necesito de ti, Duke —dijo.

—Claro, claro —respondió el truhan, torciendo el gesto—. Ocho años sin vemos, sin decir una sola palabra, y ahora que te ves en un serio aprieto, me...

—Por favor, Duke —rogó ella—. Malcolm era mi esposo. Tenía que portarme decentemente. Pero tú sabes que sólo hay un hombre a quien yo haya amado, el primer hombre que...

—Déjate ahora de recuerdos... —rezongó Dogan—. Al grano, Nellie. ¿Qué rayos te pasa ahora? ¿Tienes miedo de que la policía te ponga la mano encima?

—¡Duke! ¡Yo no maté a mí esposo! —gimió ella—. Se trata de

una conspiración...

—Eres una mujer muy rica. Tienes treinta y cinco años y posees una hermosura capaz de tentar a un madero. Malcolm bordeaba ya la cincuentena. Ahora, con todo eso, figúrate que yo soy un detective del Yard y adivina que pensaría yo en semejante situación.

—¡Pero no es verdad, Duke! ¡Yo no maté a Malcolm! Ni siquiera se me había pasado por las mientes...

—Lo cual no impide que gritaras de alegría cuando alguien hizo por ti lo que tú habías pensado mucho tiempo —declaró el hampón con brutal franqueza.

—En ese caso —dijo Nellie altivamente—, habría contratado tus «servicios».

—Y yo te habría enviado al infierno, Nellie. Me dejaste a mí para casarte con Malcolm sólo porque tenía más dinero que yo. ¿Dónde están los juramentos de amor eterno?

—Era una muchacha inexperta, Duke.

—Limpia la alfombra, que voy a revolearme de risa por el suelo. A los veintisiete años... y muchacha inexperta. Nellie, ¿estás contándome un chiste? La mujer bajó los ojos pudorosamente, a la vez que cruzaba las manos sobre el regazo.

—Bueno, tal vez haya exagerado algo, Duke, pero sí, me dejé cegar por el dinero. Además, veía que Malcolm progresaba... era alguien en sociedad y comprenderás que a una mujer le gusta brillar y figurar, sobre todo, si no es vieja ni mal parecida.

—Bueno, bueno, desembucha —dijo el sujeto, impaciente—. Estás dando demasiados rodeos y eso significa que quieres pedirme algo. ¿De qué se trata, Nellie?

Ella le dirigió una húmeda mirada, a la vez que inspiraba profundamente, a fin de hacer destacar las líneas compactas de su busto arrogante. Se sabía hermosa y quería hacerlo resaltar con el menor motivo.

—Duke, a pesar de todo, yo siempre te quise... y tú no has conseguido olvidarme del todo. Ahora... estoy libre... claro que es demasiado pronto; sería preciso guardar las apariencias algún tiempo, pero pasado un plazo prudencial, tú y yo podríamos realizar el viejo sueño que...

Dogan rió, sarcástico.

—Cualquiera, al oírte, diría que estás formulándome una proposición de matrimonio. ¿Sólo me llamaste para, eso?

—Espera, déjame hablar. Tenías que conocer mi modo de pensar antes de saber lo que me ocurre. —De pronto abandonó la silla y se sentó a su lado en el diván, mirándole incitantemente, muy próxima a él—. Se trata de Rand Layless.

—¡Layless! —respondió Dogan, vivamente sorprendido—. ¿Qué diablos te ocurre con ese tipo?

—Sospecho que él sea el asesino de mi esposo.

Dogan emitió un profundo silbido.

—De modo que se lo cargó él, ¿eh?

—Eso creo. Por supuesto yo no he dicho nada a la policía... hay ciertas cosas que no conviene airear, ¿comprendes?

—No mucho, pero, en fin. Tú le gustabas bastante al sobrino de tu esposo.

—Lo sé. Pero él, Malcolm, no le quería en absoluto. Es un vago, un cínico, un dilapidador. Sé que está acechando la ocasión para matarme y quedarse él con todo el dinero de Malcolm.

—¿Y por qué diablos no se lo has dicho a la policía? —rezongó el truhan—. ¿Qué cosas son las que no te conviene airear?

—Duke, si yo le acusase, él sería capaz de decir que le había inducido al crimen. Tiene el alma retorcida... tú ya le conoces, parece un muchacho ingenuo, que no ha roto un plato en su vida. Imagínate a Rand ante el jurado, declarando que yo le seduje. Por salvarse él, sería capaz de cualquier cosa... y si veía que no se iba a salvar, procuraría arrastrarme consigo. Le creerían, Duke, le creerían.

Dogan soltó una maldición en voz baja. Nellie tenía razón. Lo que estaba diciendo era absolutamente cierto.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó al fin hoscamente Dogan.

Ella le echó los brazos al cuello, abrazándole estrechamente.

—Búscales, Duke —dijo con un persuasivo susurro—. Tú tienes hombres y medios sobrados. Dile que abandone Inglaterra... le daré una sustanciosa suma... tú te encargarías de dársela... en el momento en que él tomase el barco o el avión. Que no vuelva más por aquí... Rand accedería, porque sabe que tus hombres podrían... ¿has comprendido?

—Sí —rezongó el hampón de no muy buen talante.

Nellie le acercó su boca de labios húmedos y jugosos.

—Y entonces, cuando Rand estuviese fuera del país, Duke, tú y yo...

Dogan contempló los bellos ojos de la mujer. Sí, Nellie era una mujer en la esplendorosa plenitud de su hermosura... y, además, heredaría una fabulosa fortuna. Él tenía bastante dinero, pero no llegaba a la décima parte de lo que Nellie iba a poseer.

¿Por qué no conseguir ambas cosas?

Rodeó el talle de la mujer con sus brazos y aplastó vorazmente sus labios contra los de ella. «Rand acabará en el Támesis, con una piedra al cuello», pensó fugazmente.

Más tarde, Dogan preguntó:

—¿Dónde está Rand ahora?

Nellie le facilitó una dirección.

—Pero no me extrañaría que se hubiese escondido —agregó.

—Entonces, la cosa no va a ser tan fácil como piensas —dijo el rufián, haciendo una mueca.

—Tú lo conseguirás, mi vida —dijo ella mimosamente—. Sé que lo conseguirás... por mí.

Al quedar sola, Nellie se retiró a su dormitorio y, durante rato, se contempló al espejo con expresión satisfecha, desprovista de ropas.

Sí, tenía motivos para sentirse satisfecha. Todavía era joven, poseía una espléndida silueta... de las que hacen volver la cabeza a los hombres, no como las maniquíes, que parecen tablas vestidas elegantemente... y, sobre todo, era dueña de una inmensa fortuna.

Rand era un estorbo. Había sido un agradable entretenimiento durante una buena temporada, pero no iba a pretender que el asunto durase eternamente. Si se le quitaba el buen tipo y el físico digno de un Apolo, no había nada más en él.

Duke era infinitamente superior en todos los aspectos, pero tenía una faceta negativa: sus oscuras actividades. Y ella aspiraba a tener un esposo de mayor categoría social que uno al que la gente señalase con el dedo y le llamase de un modo hartos significativo: «gángster».

Por otro lado, Duke era hartos dominante. Y ella, en modo alguno, estaba dispuesta a ser la «chica», dócil y sumisa, de un hampón. No y mil veces no. Duke le haría un favor... y ella ya

sabría quitárselo de encima.

Al cabo de unos momentos se vistió de nuevo, abandonó el dormitorio y regresó al salón. Acercóse al teléfono y disco un número.

—¿El señor Brows-Fyfe?... La señora Mac Bride, por favor, muchas gracias... —Pasaron algunos segundos—. ¿Jim? Oh, perdone que le haya llamado, pero estoy muy sola y deseaba oír una voz, amiga, aunque sólo sea por teléfono...

Por la mañana, Jay Shagger recibió varios informes.

Uno de ellos provenía de Ted Andrews.

—Seguía a Dogan hasta Greenwood Place. Se detuvo en el número 33 y entró en la casa. Pregunté al conserje y me dijo que allí no vivía nadie apellidado Fogarty. Insistí, pero el hombre me enseñó la lista de inquilinos. ¿No será que el tipo que le escribió usa un nombre falso?

—Tal vez —asintió el joven meditabundo—. ¿Está seguro de que Dogan no le despistó?

—Absolutamente, jefe. Le vi entrar y salir. Estuvo dentro de la casa una hora. Incluso me quedé otra más por si veía salir a alguien sospechoso, ya que era de presumir que Dogan regresaba a su domicilio, pero no vi a nadie que me llamara especialmente la atención.

—Está bien. ¿Ha encontrado Williams algún rastro del sobrino?

—No, todavía no, jefe.

Un detective entró en aquel instante.

—Informe del testamento, sargento —dijo.

—Hable, Weaver.

—Vengo directamente de las oficinas de Peterson, Mac Crory y Dundee, abogados de la City, que eran quienes llevaban los asuntos legales del difunto Mac Bride. El testamento, salvo algunas mandas sin especial importancia, dispone que todos los bienes del difunto, evaluados *grosso modo* en unas seiscientas mil libras, vayan a parar íntegros a la viuda.

Andrews silbó.

—Un buen pico, evidentemente.

—Dinero y una hermosa mujer —murmuró el joven pensativamente—. Es la combinación más endiablada que un hombre puede imaginar, aparte de la bomba atómica.

—Ella es una buena bomba —rió Williams.

De pronto sonó el zumbador del interfono. Shagger tocó la palanquita. La voz de una mujer brotó por el altoparlante.

—Sargento Shagger, hay una mujer llamada Susan Sparrow que desea verle con urgencia. Dice que es relativo al asesinato de Malcolm Mac Bride.

—Hágala entrar, Boates —contestó Shagger con rapidez.

CAPÍTULO VII

Susan Sparrow entró en el despacho y al verla, Shagger tuvo que contener una exclamación de asombro. Era la camarera que les había atendido la víspera al entrar en «Sad Elm».

Dominando la sorpresa, invitó a la mujer a **sentarse**.

—Por favor, señorita Sparrow. ¿O debo llamarla señora?

—Señorita, gracias —sonrió la camarera. A la luz del día se le calculaban unos treinta años bien corridos, pero más ajados y menos cuidados que los de Nellie Mac Bride.

A pesar de todo, aún resultaba bastante atractiva.

—Usted dirá, señorita Sparrow.

—Ayer estuvo usted en «Sad Elm», sargento.

—Nos vimos allí, en efecto —convino Shagger.

—Está investigando la muerte de Malcolm Mac Bride.

—Cierto.

La voz de Susan resultaba tirante, como si su dueña estuviese sometida a una tensión interior.

—Seguramente le gustaría conocer un detalle importante en relación con el crimen —dijo Susan.

—Todos los detalles —convino el joven cortésmente.

—Usted sabe ya, estoy segura de ello, que Dogan y el difunto tuvieron relaciones... digamos comerciales, hace años.

—En efecto.

—Pero lo que ignora es que, hace unos diez años, Nellie, la viuda trabajaba de camarera en el «Sad Elm».

Shagger guardó silencio. Analizó mentalmente las palabras de la mujer.

¿Por qué había venido a verle?

¿Celos? ¿Despecho?

No era concebible que una mujer como Susan Sparrow sintiese de repente el ansia cívica de colaborar en el esclarecimiento de un crimen.

—Una noticia muy interesante —admitió—. ¿Cómo lo ha sabido usted?

—También trabajaba allí hace diez años. Lo dejé una temporada y luego volví al mismo sitio —comentó Susan.

Shagger se inclinó hacia adelante.

—Entonces, ¿usted conocía a los tres, esto es: Nellie, Mac Bride y Dogan?

—Sí.

—¿Qué relaciones les unían? Me refiero a las personales, no de negocios.

—Nellie Fogarty era la novia de Duke Dogan, pero le dejó para casarse con Mac Bride.

—¡Fogarty! —repitió el joven explosivamente.

Susan le miró extrañada.

—Ése era su apellido de soltera. ¿Le sorprende?

—No, no... en absoluto. De modo que Nellie era la novia de Dogan, pero se casó con el otro.

—Sí. Mac Bride empezó a progresar, en negocios independientes de los de Dogan, y ella le dejó plantado.

—¿Cree usted que ahora tratan de reanudar la vieja relación?

—No me extrañaría en absoluto —exclamó Susan con las facciones contraídas.

«Tú pensabas cazar a Dogan, pero te has llevado un buen chasco y por eso has venido a verme», pensó el detective.

—¿Sabe si se han visto en los últimos tiempos o después de la muerte de Mac Bride?

—No. Todo lo que le he dicho es cuanto sé, sargento.

Shagger sonrió.

—Está bien, muchas gracias, señorita Sparrow. Su colaboración es de un valor inestimable.

—Trato únicamente de ayudar a la justicia —contestó la mujer poniéndose en pie.

«Y de desquitarte de Duke Dogan», pensó el joven, aunque no lo expresó en alta voz.

Acompañó a Susan Sparrow hasta la puerta de su despacho.

Andrews entró acto seguido.

—Ted —dispuso el joven—, quiero que vaya al 33 de Greenwood Place y averigüe a nombre de quién está alquilado el apartamento que usa Nellie Mac Bride, Fogarty de soltera. Ésa es la persona a quien Dogan fue a visitar ayer.

Andrews silbó.

—Miren la mosquita muerta —dijo.

—Ted, Nellie no tiene nada de mosquita muerta, sino de abeja... y de abeja reina, que es mucho peor.

—Esa clase de abejas es de las que matan al zángano después de...

—Exactamente —contestó Shagger sonriendo.

Andrews se marchó. Poco después llegó un experto del laboratorio.

—Hemos desmenuzado la cajita de música hasta el último remache —informó.

—¿Qué han sacado en limpio?

—Una cosa muy interesante, que le desconcertará, sargento. Es una caja reconstruida.

—No entiendo —dijo Shagger sorprendido.

—Sencillamente —contestó el técnico—. Está hecha con piezas de, por lo menos, seis u ocho cajitas diferentes.

—¿Y eso, por qué Browder?

—En mi opinión, para ocultar su procedencia. Hay algunas fábricas de cachivaches de esta clase. Un artesano experto adquiere media docena o más de cajitas de música todas ellas diferentes, las despieza y luego elige los elementos que más le convienen para reconstruir la suya propia, sin marca alguna de identificación. De este modo borra las posibles huellas que pudieran comprometerle.

—Claro está —asintió Shagger, pensando en Dogan—. O bien las compra en las tiendas o hace el pedido por correo.

—En ese caso, tendrían su dirección en la fábrica.

—Pudo solicitar el envío a lista de correos a alguna estafeta suburbana.

—Tal vez, pero eso es cosa suya y no mía, sargento —respondió Browder.

—Un momento, no se vaya todavía —pidió Shagger—. Si uno quiere hacerse con una cajita de música, ¿dónde puede adquirirla?

—Hombre, hay tiendas de artículos para regalos, en grandes almacenes, en las relojerías... algunos relojeros tienen relojes con cajitas de música acoplada para dar determinadas notas de una melodía en lugar de campanada...

—Relojerías —repitió el joven pensativamente—. Está bien, Browder, muchas gracias.

Al quedar solo, Shagger encendió un cigarrillo y fumó pensativamente durante algunos minutos. Sentía que una idea se agitaba en su mente, pero no acababa de darle forma concreta. Era, se dijo, como tener una palabra en la punta de la lengua y no acertar a pronunciarla.

Pero de pronto, encontró el detalle que le faltaba.

—Sí, pudiera ser una buena idea —murmuró a media voz. Se inclinó hacia el interfono y llamó a la telefonista—: Boates, comunicación urgente con Browder, por favor.

—Al momento, sargento.

Segundos después, sonaba el teléfono que tenía en el lado contrario de la mesa. Shagger alzó el aparato y preguntó:

—¿Browder? Aquí Shagger. Necesito que me haga un favor.

—Usted dirá, sargento.

—Quiero que me busque, entre sus cachivaches, un reloj en buen estado, pero estropeado.

—Que me cuélguen si le entiendo, sargento. ¿Un reloj en buen estado, pero estropeado? Hijo, ¿es que se ha vuelto loco?

Shagger sonrió.

—No, Browder. Solamente pretendo ir a una relojería y decir que el cacharro se me ha estropeado. Es el motivo para entrar en materia, ¿comprende?

—Ahora sí —respondió Browder—. Pero confieso que me hizo pasar un mal rato. Es como si me hubiera pedido usted un esquimal de raza negra. ¿Comprende?

Shagger soltó una alegre carcajada. Luego colgó el teléfono y se dispuso a esperar que Browder le enviase el reloj para salir a realizar una diligencia.

El paquete llegó por correo. Como iba a nombre de Duke Dogan, Artie, fue quien se hizo cargo de él, se limitó a firmar el recibo y depositarlo luego en el despacho que su jefe tenía en «Sad Elm». Y cómo tenía que vigilar el local, se olvidó del paquete, hasta el punto

de que ni siquiera se acordó de decírselo a Dogan cuando éste acudió a la hora acostumbrada.

En cambio, Artie se fijó en un detalle. Susan Sparrow llegó retrasada a su trabajo.

—¿Por qué vienes tan tarde? —preguntó hoscamente.

—Vete al Zoo. Ése es tu sitio —contestó ella desabridamente.

Artie agarró el brazo de la mujer.

—No me gusta que me contestes de esa manera —dijo, furioso—. Ve a cambiarte de ropa inmediatamente, ¿me has oído?

—Suéltame, maldito mono —dijo Susan—. Suéltame o te haré pagar caro esto que me estás haciendo.

—Anda a vestirte, zorra...

Susan se hartó, levantó la mano y descargó una tremenda bofetada en el rostro del rufián.

Artie se quedó atónito unos momentos. Luego, rechinando los dientes, se dispuso a devolver el golpe, pero en aquel momento oyó la voz de su jefe.

—¡Artie!

El rufián se contuvo. Dogan se acercó a ellos.

—¿Qué pasa?

—Susan. Llegó tarde, y cuando quise reprenderle, ella...

La mujer miró a Dogan airadamente.

—Dile a tu gorila que no vuelva a tocarme o le sacaré los ojos —exclamó furiosa—. He venido tarde porque tuve que hacer, eso es todo.

Dogan se dio cuenta de que los tres eran el centro de la atención de los clientes.

—Vamos a mí despacho —dijo—. Allí resolveremos este desagradable asunto. Andando.

Artie y Susan le siguieron. Una vez en el despacho, Dogan cerró la puerta y se encaró con ellos.

—Vamos a ver, explicadme de una vez qué ha pasado. Susan, tú le has dado una bofetada, ¿no es verdad?

—Sí. Y le daré otra sí...

—¿Por qué has venido tarde? —le interrumpió el hampón fríamente.

Susan se ahuecó el pelo con gesto provocativo.

—¿Te importa mucho? —preguntó con voz llena de sarcasmo—.

Podrías preocuparte por mí tardanza si, en lugar de llamarme Susan Sparrow, me llamase Nellie Mac Bride, ¿no es así?

Susan exhaló una estridente carcajada.

—Ahora está libre y con mucho dinero. ¿No es eso lo que querías, Duke?

Los ojos del hampón relampaguearon de cólera. Súbitamente, movió la mano derecha, pero en un sentido totalmente imprevisto, de modo que su revés golpeó los labios de Susan, derribándola por tierra.

La mujer lanzó un agudo grito de dolor. Un hilo de sangre corrió por la comisura de su boca.

—¡Pagarás caro esto que has hecho! —prometió, escupiendo sangre.

Dogan sacó una navaja de resorte, que desplegó en el acto. La aguda punta del arma quedó a unos milímetros de la mejilla izquierda de la mujer, cuyo rostro tomó en el acto un tinte ceniciento.

—Si quieres continuar observando tu ajada belleza, mantén la boca cerrada —aconsejó con voz dura.

Los dos se miraron en silencio durante unos instantes. Artie Calder contemplaba la escena sin intervenir, inmóvil como un poste.

Al cabo de unos segundos, Dogan se incorporó.

—Ya estás advertida, Susan. No te lo repetiré más. Ahora, ponte en pie y lárgate.

Le volvió la espalda, sin preocuparse más de ella.

Entonces fue cuando descubrió el paquete sobre la mesa.

—¿Qué es esto, Artie? —inquirió.

—¡Oh, perdóneme, jefe! —contestó el acólito—. Lo traje el correo y me había olvidado de decírselo...

Dogan rasgó la envoltura de papel con la navaja que todavía no había cerrado. Al terminar, vio que había una cajita de madera de unos treinta centímetros de longitud, por veinte de anchura y diez o doce de grueso.

—¿Qué diablos debe ser esto? —preguntó, tomando la caja con ambas manos.

De súbito se oyó un fuerte chasquido, seguido a continuación de un agudo grito.

—¡Duke! ¿Qué has hecho? —chilló Susan, volviéndose hacia él.

El rufián la contempló estúpidamente, sin comprender a qué se debía la exclamación de la mujer. De repente, la caja que tenía entre las manos empezó a emitir unos extraños y profundos sonidos.

Artie contempló la caja con ojos dilatados por el asombro.

Parecían campanas de funeral sonando muy lejos.

Dogan se acordó repentinamente de la muerte de Malcolm Mac Bride y lanzó la caja a un rincón, como si se hubiese tratado de un áspid.

En aquel instante, oyó un ronco gemido. Levantó los ojos, mortalmente aterrorizado, y vio que el rostro de Susan Sparrow se deformaba horriblemente.

—¡Susan! —gritó, comprendiendo la verdad de lo ocurrido.

Alargó la mano hacia la mujer para sostenerla en pie. Era tarde ya.

Las rodillas de Susan se doblaron, a la vez que su cuerpo iniciaba un medio giro hacia su izquierda. Cayó de bruces y se agitó epilépticamente unos segundos, antes de quedarse inmóvil.

Entonces, Dogan y su esbirro, espantosamente amedrentados, vieron la varilla metálica que sobresalía unos centímetros de la espalda de la mujer. Y los dos, al mismo tiempo, comprendieron que el misterioso asesino acababa de descargar otro golpe.

Durante unos momentos se miraron, sin saber que decir. De pronto, Dogan, recuperando la iniciativa, dijo:

—Es preciso hacer desaparecer el cuerpo, Artie. Si la policía lo encontrase aquí, podríamos vernos en un serio compromiso.

Artie lanzó una soez exclamación. Luego añadió:

—¡El Támesis se encargará de ella, jefe! ¡Es lo mejor!

—De acuerdo —contestó Dogan—. Pero primero tráeme una copa o me desmayaré.

Sentía que las piernas se negaban a sostenerle. Estaba vivo por pura casualidad.

CAPÍTULO VIII

Jay Shagger estuvo parado en la esquina más próxima, hasta que vio detenerse el autobús en las cercanías y descender a Esther Benning del vehículo. Entonces, abandonó su puesto de observación y caminó con naturalidad por la acera, saliendo al encuentro de la muchacha.

Ella le vio casi en el acto.

—¡Sargento! —exclamó con sorpresa no fingida—. ¿Qué hace usted aquí?

—¡Hola, señorita Benning! —sonrió el joven—. ¡Qué agradable casualidad! Estaba realizando unas investigaciones cerca de aquí, y de repente, me acordé de que tenía el reloj estropeado.

—Aquí, al lado de mi casa, hay un relojero. Tal vez él pueda reparárselo —sugirió Esther.

—Lo mismo había pensado yo —convino Shagger—. El otro día, al dejarla a usted, me fijé en que había una relojería al lado de su casa. Bueno, como estaba tan cerca, decidí acercarme... Celebro mucho haberme encontrado con usted, señorita Benning.

Esther se ruborizó ligeramente.

—Muchas gracias —dijo—. Por favor, acompáñeme.

La relojería de Offerton estaba a una docena escasa de pasos. Los dos jóvenes caminaron juntos por la acera. Ciertamente, Shagger no había mentido al decir que se había acordado de la existencia de una relojería en las inmediaciones del domicilio de la muchacha.

Durante algún tiempo, había estado bajo la sensación de que le faltaba algo, de que veía una luz, pero no podía distinguir su color. Hasta que Browder le había dicho que también en algunas relojerías se podían encontrar cajitas de música.

Entraron en la relojería. Offerton estaba sentado tras su

mostrador, con la lupa sujeta en la órbita del ojo derecho, examinando la maquinaria de un reloj. Levantó la cabeza al ver que se abría la puerta y luego, al reconocer a la muchacha, se quitó la lupa y se puso en pie.

—¿Cómo está, señorita Benning? —saludó amablemente—. Es un placer para mí tenerle en mi tienda. ¿Puedo serle útil en algo?

—A mí, no —contestó la muchacha—. El señor Shagger, buen amigo mío, creo que necesita de sus servicios. Le presento al señor Offerton —dijo Esther, volviéndose hacia el joven.

Los dos hombres se saludaron cortésmente. Shagger le entregó el reloj.

—No anda —dijo con amplia sonrisa—. Es todo lo que sé. Quédeselo y ya volveré en otro momento a recogerlo o lo hará la señorita Benning por mí... es decir, si es tan amable de hacerme el favor.

—No faltaría más —accedió ella. Miró al relojero—. Usted me avisará cuando lo tenga arreglado. —Se volvió hacia el joven—. El señor Offerton y yo nos hospedamos en la misma casa.

—Una agradable casualidad —sonrió Offerton—. Bien, señorita; tratándose de un amigo suyo, procuraré esmerarme.

—Se lo agradeceré mucho —contestó la muchacha—. ¿Algo más, señor Shagger?

—Pues... no, eso es todo, salvo que celebro mucho haber conocido al señor Offerton. ¿Vámonos?

Salieron de la tienda. Shagger no había hecho el menor gesto, aunque había podido ver en el iluminado escaparate algunas cajitas de música. Pero le pareció oportuno que, en todo caso, fuese alguno de sus hombres el que investigase discretamente. Más que nada, la ficción del reloj averiado estaba destinada al estudio del terreno... y también a encontrarse con la muchacha.

—Le agradezco mucho que no le haya dicho a Offerton que soy un detective —manifestó.

Ella hizo un gesto.

—No sé si servirá de mucho —contestó—. Mi patrona, la señora Hubbard, sí lo sabe. Tal vez, como Offerton es un huésped más antiguo, tenga confianza en él y acabe contándoselo.

—¿Cómo sabe su patrona que yo pertenezco al Yard? —preguntó el joven, sumamente extrañado.

—Se lo dije yo —respondió la muchacha—. Fue hace unos días. Tuvimos una discusión... es una vieja hiriente y desagradable y se permitió ciertos comentarios desfavorables. Me enojé y... bien, supongo que la rabia me hizo ser un poco imprudente. Lo siento.

—No importa —sonrió él—. Lo más interesante es que, en este caso, ha sabido ser discreta.

—Me pareció que no le gustaría que le presentase a Offerton como detective —declaró Esther—. Ya he podido darme cuenta de que vino por el asunto de las cajitas de música.

—Es cierto. Lo recordé de repente...

—Y dio dos golpes al reloj para que se parase y tener así un pretexto para poder venir aquí.

—En parte. El reloj pertenece al equipo del Yard y ya estaba averiado. Pero no fue sólo por ver a Offerton por lo que vine aquí —manifestó el joven audazmente.

Esther volvió a ruborizarse. Tendió la mano al joven y se despidió de él.

—Le invitaría a una taza de té, pero no siento deseos de soportar la acritud de la señora Hubbard.

—Comprendo —sonrió Shagger—. Hasta la vista.

—Adiós.

Shagger caminó veinte pasos y se volvió.

Esther se hallaba ya en la puerta de casa, pero le miraba. Al ver que se volvía, le saludó con un gesto de su mano enguantada. Shagger contestó quitándose el sombrero.

A poco, Shagger divisó un taxi. Lo detuvo y, una vez dentro, dio una dirección a su conductor.

—Greenwood Place, número treinta y tres.

Media hora más tarde, el auto se detenía en el lugar indicado. Shagger abonó el importe de la carrera y entró en la casa.

Se dirigió rectamente al conserje y le enseñó su documentación. El hombre se mostró dispuesto a ayudarle inmediatamente.

—Usted dirá, sargento.

—Hace días entró aquí una mujer... tengo la impresión de que no es la primera vez que viene —manifestó Shagger—. Se llama Nellie Mac Bride, Fogarty de soltera. ¿Tiene usted algún apartamento alquilado bajo alguno de esos dos nombres?

—No, sargento —contestó el conserje—. Pero si ella vive aquí,

es seguro que la conoceré. ¿Cómo es ella?

—Tiene treinta y cinco años, rubia, vistosa...

El hombre sonrió.

—Nunca dio su nombre, pero sé que usa el apartamento del señor Brows-Fyfe. Tercer piso, letra D.

—Eso es todo. Muchas gracias, amigo.

—No hay de qué, sargento.

Shagger tomó el ascensor. Minutos después, se hallaba ante la puerta señalada con la letra D.

Tocó el timbre. A poco, oyó el vivo taconeo de unos pasos que sonaban al otro lado de la madera.

Nellie abrió. Sus ojos se dilataron por el asombro.

—¡Usted! —exclamó.

—El mismo, señora Mac Bride —contestó Shagger, destocándose urbanamente—. ¿Puedo pasar?

Nellie se mordió los labios.

—Entre. Pero procure ser breve, por favor. Estoy esperando una visita.

—¿Tal vez la del señor Dogan?

El rostro de la mujer palideció. Cerró la puerta y se apoyó en ella, colocándose las manos sobre el pecho.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó con un hilo de voz.

—La obligación de la policía es enterarse de las cosas —sonrió el joven—. Por esa misma razón, conocemos su apellido de soltera y sabemos también que hace años trabajó en «Sad Elm» de camarera. Oh —se apresuró a agregar—, no es que sea un trabajo deshonesto; simplemente, me limito a señalar un hecho... que acaso pueda tener relación con la muerte de su esposo.

Ella no contestó directamente.

—¿Le importaría que me tomase una copa? —preguntó—. Oh, a usted ya sé que es inútil ofrecerle licor. Un policía no bebe estando de servicio. ¿No es eso lo que se dice ordinariamente?

—En determinados casos, atendemos también las conveniencias sociales —respondió Shagger sonriendo—. Puede servirme la copa, señora.

Nellie se alejó para volver momentos después, con dos copas en la mano. Entregó una al joven y bebió con avidez el contenido de la suya.

—¿Qué más, sargento? —dijo nerviosamente.

Shagger lanzó una mirada circular en torno suyo.

—Es un apartamento muy coquetón —elogió—. Da la sensación de que lo tenga usted como refugio.

—Así es. La casa se me cae encima, después de la muerte de mi esposo, compéndalo.

—Me lo figuro. ¿Quién es el señor Brows-Fyfe? —preguntó él de sopetón.

Nellie se puso rígida.

—Él no tiene nada que ver con este desdichado asunto. Es más, me desagradaría enormemente que se le relacionara con la muerte de Malcolm.

—¿Quién es? —insistió Shagger.

—Un buen amigo mío, en el mejor sentido de la palabra. Todo un caballero, sargento.

—¿Está enamorada de él?

Nellie eludió la respuesta.

—Es un caballero —repitió.

—Su apellido parece indicar aristocracia —comentó Shagger, mirando pensativamente el fondo de su copa—. Me imagino que, pasado un tiempo prudencial, se casará con él.

—Así es —reconoció Nellie, con franqueza—. Nos queremos, pero, hasta el momento actual, no tenemos nada de qué avergonzarnos.

—Eso dice mucho en su favor, señora. Calculo que usted estará tratando de que el señor Brows-Fyfe ignore que trabajó hace años en «Sad Elm».

Nellie enrojeció.

—No me gustaría que lo supiera. Es un hombre de sentimientos muy estrictos. Si descubriese que yo... Bien, arruinaría mi porvenir.

—Su porvenir está asegurado. Es usted inmensamente rica.

—¡Pero quiero a Jim! —protestó Nellie con vehemencia.

—Lo cual no le impide recibir aquí a un sujeto de tan dudosa fama como el actual propietario de «Sad Elm».

La mujer acusó el golpe.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Me lo dijo un pajarito.

—Un pajarito fisgón.

—Tómelo como quiera, pero usted ha heredado seiscientas mil libras. Eso la convierte automáticamente en sospechosa, aunque no sea, necesariamente, la autora de la muerte de su esposo. ¿Para qué citó aquí a Dogan?

Ella irguió el busto.

—Quise decirle que me olvidase. Dogan y mi esposo habían tenido tratos comerciales tiempo atrás.

—Comerciales es una palabra muy suave para encubrir ciertas actividades que no tienen nada de honestas.

—Eso no tiene que ver ahora nada con el asunto. Lo que yo quería decirle es que me olvidase. En los últimos tiempos —mintió Nellie—. Dogan volvía a merodear a mí alrededor.

—Pudo habérselo dicho por teléfono.

—Personalmente resultó mejor.

—¿Le dijo usted que piensa casarse, más adelante, claro, con el señor Brows-Fyfe?

Nellie se mordió los labios.

—No juzgué necesario mencionarle este asunto.

—¿Cuánto tiempo hace que posee la llave del apartamento?

—Algunos meses, cinco, seis, no recuerdo con exactitud.

—¿Y se veía aquí regularmente con el señor Brows-Fyfe?

—Una vez por semana, más o menos.

Shagger la miró de reojo. Ella se sintió incómoda.

—No me mire así —dijo ásperamente—. Nuestras entrevistas eran de lo más correctas. Jim... el señor Brows-Fyfe se había enamorado de mí. Quería que... que me separase de mi esposo.

—Y usted no accedió.

—Estaba estudiándolo.

—Lo cual significa que su enamoramiento no es tan fuerte como parece.

Nellie desvió la vista a un lado.

—Bueno, lo que pasa es...

Shagger sonrió.

—Lo que sucede es que el señor Brows-Fyfe no tiene dinero.

—No lo diga tan crudamente —rezongó Nellie.

—La verdad siempre es cruda.

—Pero ahora estoy libre. Y soy inocente de la muerte de mi esposo.

—¿Quién lo mató?

—No lo sé. Si lo supiera, se lo diría, créame.

—¿Dogan?

—No puedo contestar afirmativa o negativamente. Pudo hacerlo... tal vez no lo hizo... Averígüelo y déjeme ya de una vez sola.

—Claro. El señor Brows-Fyfe está al llegar y no quiere que la vean en compañía de un detective. Dígame, ¿ha sabido algo de su sobrino... bueno, del sobrino de su difunto esposo?

—No, en absoluto.

Shagger dejó la copa intocada sobre una mesita. Recogió su sombrero y se dirigió hacia la puerta.

—Buenas noches, señora —dijo.

Ella no le contestó.

Shagger abandonó la casa. Había averiguado algunas cosas interesantes, pero tenía la sensación de que Nellie Mac Bride le había ocultado otras de no menor interés.

Un tanto defraudado, tomó el camino de su casa. Estaba cansado y deseaba cenar cuanto antes y echarse a dormir.

CAPÍTULO IX

Pasada la medianoche, un ruido seco, aunque no muy pronunciado, despertó a Esther.

La muchacha permaneció unos momentos tendida en el lecho, con las sábanas subidas hasta la barbilla.

El ruido se repitió. Luego, oyó como si rascaran algo... parecía el frotamiento de una lima contra un trozo de metal.

No, no cabían falsas ilusiones. Lo que oía era real, auténtico. Y el ruido se producía sobre su cabeza... en el desván. ¿Por qué la había engañado la señora Hubbard acerca de este extremo?

De pronto oyó una voz. Todo su cuerpo se puso rígido. ¿Quién estaba hablando por encima de su cabeza?

Estiró el brazo y encendió la luz de la mesilla de noche. ¿De dónde venían las voces?

Levantó la vista hacia el techo. Luego, lentamente, recorrió la habitación con la mirada. De pronto, sus ojos se detuvieron en la chimenea con repisa de falso mármol que había en un lado de la estancia.

Obedeciendo a una repentina inspiración, saltó de la cama y, tras calzarse las zapatillas, corrió hacia la chimenea, poniéndose en cuclillas al lado de ella.

Las voces le llegaron ahora mucho más claramente. Una de ellas pertenecía a la señora Hubbard, no cabía la menor duda. La otra resultó desconocida.

La señora Hubbard se hallaba en el desván que había asegurado no existía. Un hombre estaba con ella.

¿Offerton?

No, la voz no pertenecía al relojero. Parecía provenir de la garganta de un hombre mucho más joven.

—¿Cuándo vas a terminar? —preguntó la dueña de la casa.

—Mañana, pasado tal vez —respondió el hombre.

—Es necesario que te des prisa. Tenemos que acabar cuanto antes.

—No puedo correr más. Esto es algo que hay que hacer con mucho cuidado.

—Date prisa —insistió la mujer—. De lo contrario, habremos perdido el tiempo lastimosamente.

—Lo habré perdido yo —rezongó el desconocido—. Si la policía me atrapa, no lo pasaré muy bien. Y tú quedarás libre.

—Imbécil. Sabes que nos ahorcarían a los dos si nos descubriesen.

—No me lo recuerdes —gruñó el individuo de mal talante—. Dentro de dos días.

—El otro tiene que estar liquidado ya a estas horas. Ya ha debido recibir el paquete.

—Entonces, espere a que salga la noticia en los periódicos. Y ahora, por todos los diablos, déjame en paz de una vez.

—Está bien. No te preocupes, pronto serás rico. Si no se me hubiese ocurrido a mí esta idea...

—A mí me ha parecido una estupidez.

—¿Estupidez? El tipo murió, ¿no es cierto?

—Sí, pero ella heredará la pasta.

—Si la policía demuestra que ella lo asesinó, el testamento quedará nulo y tú serás el beneficiario.

—No sé —contestó el hombre cansadamente—. Creo que lo que estamos haciendo es una enorme tontería...

—¡Imbécil! Estoy poniéndote en el camino de obtener seiscientas mil libras... ¿y le llamas tontería? Anda, trabaja y termina pronto el aparato. Hay que enviarlo cuanto antes.

—De acuerdo, de acuerdo. Pero vete y déjame seguir actuando. Tu maldita charla me distrae y no puedo concentrarme.

—Debieras tratarme con un poco más de respeto —dijo la señora Hubbard—. A fin de cuentas, soy tu...

Sonó un chirrido que tapó las últimas palabras de la mujer. Acto seguido, Esther captó el inconfundible sonido de una puerta al cerrarse.

Luego existía un desván. O tal vez un piso sobre el suyo, cuya

existencia le había ocultado la dueña de la casa.

¿Quién era el hombre que habitaba aquel desván?, se preguntó, sumamente intrigada.

Un asesino, no cabía la menor duda. Y la señora Hubbard era su cómplice e instigadora. Pero ¿a quiénes se había referido en su macabra conversación?

Lo que no cabía duda alguna era que pensaban asesinar a una persona además de hacer recaer las culpas sobre un inocente. Una mujer, por lo que Esther había podido deducir. Le enviarían un paquete y...

Se estremeció de pronto al creer que había descubierto la verdad.

Aterrorizada, regresó a la cama y apagó la luz.

Permaneció despierta largas horas, oyendo el monótono batir de la lluvia contra los cristales de la ventana. Recordó la cara que había puesto la señora Hubbard cuando le dijo que el hombre que la había acompañado era un detective del Yard...

La mujer se había quedado paralizada por el asombro. ¿O había sido el espanto lo que asomó a su rostro?

De todas formas, no tardaría mucho en salir de dudas. Jay Shagger tenía que saberlo. Y se lo diría a la mañana siguiente, apenas saliera de casa, llegaría más tarde a la oficina, exponiéndose a una reprensión, pero no le importaba en absoluto.

Era de todo punto preciso que Jay conociese la verdad de lo que sucedía en aquella casa.

Al fin, el sueño la rindió y se durmió profundamente.

Cuando despertó, se dio cuenta de que el día estaba ya bien entrado. Consultó el reloj; eran las nueve de la mañana.

Tenía que haberse levantado dos horas antes. Vistióse a toda prisa y tras arreglarse someramente, descendió a la planta.

La señora Hubbard la esperaba en el vestíbulo, contemplándola con la expresión hostil de costumbre. Las manos de la mujer estaban sobre su regazo, aunque ocultas por un delantal de cocina.

—Se le han pegado las sábanas, señorita Benning —dijo.

—Así es —admitió la muchacha.

—Lamento no poderle dar de desayunar. La hora se pasó ya.

—Lo sé. No importa; desayunaré en alguna cafetería. Buenos días, señora Hubbard.

La mujer le cerró el paso.

—Parece que tiene mucha prisa —observó.

—Usted misma puede imaginárselo... —contestó la muchacha—.

¿Me permite?

La señora Hubbard sacó un revólver que tenía oculto por el delantal.

—No. No le permito nada —dijo—. Quédese.

Esther sintió que la sangre huía de sus mejillas.

—Pe... pero ¿por qué hace... eso? —preguntó aturdidamente.

—Por mí propia seguridad —contestó la señora Hubbard en tono glacial—. Nunca debí haberle alquilado la habitación, teniendo como amigo a un detective del Yard.

Esther se dio cuenta de que la señora Hubbard pretendía asesinarla, para su propia seguridad. Un miedo espantoso se apoderó de ella.

Vio que la mujer sonreía horriblemente. Retrocedió un paso.

La señora Hubbard avanzó hacia ella, sin dejar de apuntarla con el revólver.

—Lo siento, querida niña —dijo—, pero no puedo permitir que salga de mí casa. Tal vez más adelante... aunque por el momento habrá de permanecer confinada en su habitación.

—Gritaré —contestó Esther, tratando de dominar el susto que sentía.

—Yo me ocuparé de que no lo haga —aseguró la mujer.

De pronto, se oyó un ruido en el piso superior. Con gran presteza, la señora Hubbard escondió la pistola bajo el delantal.

—No diga nada —ordenó—. No haga el menor gesto sospechoso o la mataré en el acto.

El relojero apareció en lo alto de la escalera. Descendía con prisas, pero se detuvo al ver paradas a las dos mujeres en medio del vestíbulo.

—¡Hola, buenos días! —saludó cordialmente—. Lo siento; se me pegaron las sabanas.

—Buenos días, señor Offerton —contestó la señora Hubbard en tono cortés.

El relojero miró a Esther.

—Usted también parece que se quedó dormida, ¿no es así?

Esther asintió en silencio con la cabeza.

—No se encuentra bien —intervino la dueña de la casa—. Precisamente ahora me estaba diciendo que se volvía a la cama. Yo me encargaré de avisar a su oficina que no acudirá hoy al trabajo, ¿no es así, señorita Benning?

—Sí... claro...

—Me dará el teléfono para llamar y... no se preocupe; un par de aspirinas y unas cuantas tazas de té bien caliente la dejarán como nueva en veinticuatro horas. Buenos días, señor Offerton.

—Buenos días, señora Hubbard —contestó el relojero—. Adiós, señorita Benning, y que se mejore.

—Gracias —contestó ella con voz ahilada.

Offerton salió de la casa. La señora Hubbard enseñó de nuevo el revólver.

—Arriba —ordenó la mujer con voz dura, implacable.

Esther empezó a subir la escalera. Detrás de ella, la señora Hubbard dijo:

—Demasiado tarde me di cuenta de que el cañón de su chimenea pasa por el desván. Si nosotros hicimos ruido anoche, usted también lo hizo al levantarse después de haber escuchado lo que hablamos.

Ella no contestó. Desesperadamente, estaba buscando la manera de salir de aquella angustiada situación en que se hallaba. ¡Si pudiese encontrar el medio de avisar a Jay Shagger!

Llegaron al rellano y se dirigió hacia su cuarto.

—No —prohibió la mujer enérgicamente—. A mi dormitorio.

Esther vaciló. El cañón del revólver se apoyó con fuerza en su espalda.

Giró un cuarto a su izquierda y avanzó hacia la puerta.

—Abra.

La muchacha obedeció. Cruzó el umbral...

Dio dos pasos en el interior. Entonces, algo duro y contundente se abatió sobre su cráneo.

No pudo contener un gemido de angustia. Se llevó ambas manos a la cabeza, pero, en el mismo momento, sintió que se le doblaban las piernas. Empezó a caer y luego, de golpe, perdió el conocimiento.

CAPÍTULO X

Jay Shagger se inclinó y levantó con la mano derecha la punta de la manta que cubría el cadáver de Susan Sparrow. Contempló durante unos segundos el rostro deformado de la muerta y luego dejó caer de nuevo la manta.

—¿Quién encontró el cuerpo? —preguntó.

Un agente de la policía fluvial indicó con la mano a un hombre que se hallaba parado a unos metros de distancia.

—Este hombre, sargento —dijo.

Shagger se acercó al sujeto.

—Cuénteme cómo ocurrió la cosa —demandó.

—Sí, sargento. Verá... —contestó el hombre—, yo iba con mi motora... Llevaba a remolque una carga de ladrillos, ¿sabe? Bueno —sonrió el lanchero de mala gana—, supongo que esto no importa mucho y... Bien, el caso es que empecé a sentir unos ruidos extraños a popa y me di cuenta de que el motor trabajaba a un ritmo forzado. Paré el motor y me incliné... Entonces pensé que había algo enredado en la hélice. Llamé a mí ayudante... Está ahí, si quiere corroborar mi declaración...

Shagger hizo un gesto con la mano, como indicando al lanchero que prosiguiera.

—Sí, sargento... Como iba diciendo, algo impedía el normal funcionamiento de la hélice... Tuve que descolgarme y meter medio cuerpo dentro del agua; usted no puede darse una idea de lo frío que está el Támesis en este tiempo... Bueno, el caso es que había una cuerda enredada en la hélice. Tiramos y...

Shagger movió la cabeza afirmativamente. En aquel momento, se detuvo un coche.

El doctor Croton saltó al suelo, portando su maletín en la mano

derecha.

—¿Qué hay de nuevo, muchacho?

—Está debajo de esa manta, doctor —contestó Shagger.

Croton se arrodilló junto al cadáver y apartó la manta a un lado. La cuerda que había atado el cuerpo de Susan Sparrow al lastre estaba todavía enlazada en torno a su cintura.

—Es raro —comentó el forense—. No se la ataron alrededor del cuello.

—Tal vez porque ya estaba muerta cuando la arrojaron al agua, doctor.

—Sí, es muy posible —convino Croton. De pronto, con gesto rápido, dio la vuelta al cuerpo, colocándolo de cara al suelo—. Bien, ahí está la causa de su muerte.

El extremo de la varita de metal asomaba por la espalda de la muerta.

Shagger silbó tenuemente.

—Otra cajita de música —dijo.

—Eso parece —contestó el forense, tirando del mortífero proyectil con unas pinzas.

Lo mostró en alto.

—Es preciso ser muy cuidadoso —dijo—. Si tenía curare, parte del veneno conserva aún su actividad.

Shagger le entregó su pañuelo.

—Envuélvalo y analícelo lo más pronto posible —rogó—. Necesito un avance de informe con la mayor rapidez que pueda.

—De acuerdo.

Shagger se volvió hacia el jefe de la patrulla fluvial.

—Muchas gracias por haberme avisado, cabo —dijo.

—Me pareció que le gustaría saberlo —contestó el policía—. Sé que anda usted medito en este asunto y al sacar el cadáver a la orilla, creí que podría interesarle.

—Acertó usted. Williams se quedará aquí para realizar los últimos trámites. Ted, usted se vendrá conmigo.

Los dos hombres se dirigieron hacia el automóvil que les esperaba a poca distancia. Shagger se situó tras el volante y arrancó de inmediato.

—Dogan no estará aún en «Sad Elm» —dijo Andrews a poco.

—Lo sé. Iremos a su oficina...: a la que emplea para sus negocios

legales.

—Es raro que muriese esa chica —comentó el detective—. ¿Se enteró Dogan de que ella había estado hablando con usted?

—Quizá —murmuró Shagger pensativamente—. De todas formas, no creo que haya sido él. Pero conviene que le interroguemos.

—Lo que no me explico es cómo se le clavó la flecha de metal en la espalda. Mac Bride la recibió en el pecho.

—Posiblemente. Susan recibió la cajita y al oír sonar las campanadas, se dio cuenta de que era una trampa mortal. Enloquecida por el miedo, quiso huir y...

—No tuvo tiempo —concordó Andrews—. De este modo, se comprende que el proyectil se le clavase en la espalda. Pero ¿por qué la arrojaron al Támesis?

Shagger no contestó. Reflexionaba precisamente sobre este punto, que se le antojaba oscuro.

—Ella no recibió la caja —afirmó al cabo—. De lo contrario, habría muerto en su casa.

—Y no la hubieran echado al río, claro.

—Lo cual significa que fue otro el que recibió la cajita de música, pero Susan estaba delante. Ella murió... y el destinatario del proyectil, creyó oportuno deshacerse de un cadáver comprometedor. Por eso la arrojaron al Támesis, pero el que lo hizo obró muy torpemente.

—De otro modo, la cuerda que unía su cuerpo al lastre no se hubiese enredado en la hélice de la lancha y el cadáver de Susan Sparrow seguiría todavía en el fondo del río.

Poco después, Shagger detenía el auto frente al edificio donde Dogan tenía su oficina. Cruzó la acera, seguido de Andrews, y entraron en la casa.

El conserje les informó de la situación del despacho de Dogan. Momentos más tarde, llamaban a la puerta.

—Entre —dijo una voz femenina.

Cruzaron el umbral. Una chica morena, atractiva, estaba sentada tras una mesa de recepción, escribiendo a máquina.

—¿Sí? —dijo sin mirarles.

—Quiero hablar con el señor Dogan —dijo el joven.

—¿Tienen concertada la entrevista? —preguntó Annie O'Hara.

—Anuncie a Jay Shagger, por favor. Eso será suficiente.

Annie obedeció. Usó el teléfono y a poco lo colgó.

—Entren por aquella puerta —dijo, señalando una al fondo.

Los dos detectives pasaron al despacho contiguo. Dogan les miró de mal talante.

—¿Y bien? —dijo—. ¿Qué tripa se les ha roto ahora?

—Susan Sparrow.

—¿Susan Sparrow? No consigo recordar bien...

—Está mintiendo, Dogan. Hace dos días, esa mujer estuvo en mi despacho a verme. Trabaja de camarera en «Sad Elm». ¿Dónde está ahora?

—En su casa, supongo. Se retira tarde, compréndalo.

—¿Fue anoche a trabajar?

—Supongo que sí, no recuerdo con exactitud.

—Dogan, tiene usted una memoria infernal. Antes dijo que no recordaba bien a Susan Sparrow. Luego afirma que Susan se retira tarde de su trabajo. ¿En qué quedamos? ¿La conoce o no la conoce?

Dogan apretó los labios.

—Escuche, sargento, si se ha creído que...

—Susan y usted estuvieron a punto de casarse en cierta ocasión.

—Eso es asunto mío, sargento —contestó el truhan de mal talante.

—También quiso casarse años atrás con Nellie Fogarty, convertida luego en Nellie Mac Bride. Y ahora que ésta ha quedado viuda, parece que pretende volver a las andadas, como se desprende de la visita que no hace mucho le hizo en el treinta y tres de Greenwood Place.

El rostro de Dogan perdió el color repentinamente.

—¡Maldita sea! —vociferó—. ¿Es que un honrado ciudadano no va a poder caminar por la calle sin que la policía siga todos sus pasos? ¿Estamos en la Inglaterra libre o pertenecen ustedes a la Gestapo?

—Si fuéramos de la Gestapo, como usted dice —respondió el joven, impasible—, ya le habríamos arrancado la verdad con tenazas. Estaría ahora sin dientes, sin uñas.

—Bueno, sí —admitió el rufián—, fui a visitar a Nellie. ¿Es acaso un pecado?

—No. ¿De qué hablaron?

—Asuntos particulares. Usted no tiene derecho a saberlos.

—Si le formulo una acusación en regla, sí tendré ese derecho que usted me niega.

—Carece de base para sostener la acusación. Mi abogado me sacaría a los diez minutos.

—Lo dudo mucho.

Hubo un momento de silencio. Dogan era un sujeto metido, pero empezó a sentir frío.

Se pasó un dedo por entre el cuello de la camisa y el suyo propio. De repente notaba que se ahogaba.

—Vamos, hable de una vez, maldita sea —gruñó—. No me mire así, de esa manera...

—Es que estoy tratando de adivinar los motivos por los cuales arrojó usted el cuerpo de Susan al Támesis.

De nuevo volvió el silencio. Los ojos de Dogan voltearon agónicamente en las órbitas.

—No sé de qué me está hablando —balbució.

—Susan Sparrow recibió en la espalda el proyectil envenenado. Un lanchero encontró su cuerpo esta mañana.

—Yo no he sido. Ignoro quién pudo matarla...

—Pero estaba presente cuando se produjo su muerte, ¿verdad?

Dogan calló.

—¿Qué, no me contesta?

El rufián pegó un fuerte puñetazo sobre la mesa.

—Está bien, acúseme si quiere de ese delito... pero no estaré preso mucho tiempo. Todo lo que ocurrió fue...

Con voz entrecortada narró lo sucedido. Shagger intuyó que, por una vez al menos, el rufián decía la verdad.

—Alguien quiere complicarme en todos estos jaleos —concluyó Dogan—. Sabe cuál fue mi primera profesión y trata de cargarme encima estos asesinatos.

—La verdad es que, aunque lo hubiésemos elegido expresamente, tampoco habríamos podido encontrar otro sospechoso mejor —dijo Shagger.

—Repito que yo no he sido —insistió el «Campanero;»—. Hace diecisiete años que no toco una cajita de música, ni para darle cuerda y oír sus notas. —Se estremeció—: ¡Cielos, siento hielo en la espalda cada vez que pienso que el muerto pude ser yo, en lugar de

Susan! Tan sólo con que hubiese sostenido la cajita en posición contraria, la flecha se habría clavado en mi cuerpo, en vez de...

—De modo que usted estaba presente cuando murió Susan.

—Sí —reconoció el sujeto de mala gana.

—¿Cómo le llegó la caja?

—Por correo. Uno de mis hombres la recibió.

—A Mac Bride se la enviaron por mensajero personal.

—Yo la recibí por correo —insistió Dogan—. Lo recuerdo perfectamente, porque rasgué la envoltura y vi los sellos pegados sobre la etiqueta.

—¿Qué ha sido de la envoltura y demás? ¿Y de la cajita?

Dogan desvió la vista.

—Lo quemé todo. No quería complicaciones...

—Pues ya las tiene encima. Arrojé el cuerpo de Susan al Támesis y destruyó pruebas de un crimen. ¿Se imagina lo que le diría un juez?

—Demasiado —contestó Dogan—. Pero yo no fui, insisto.

—A pesar de lo que diga, sigue siendo el principal sospechoso, si no el culpable. ¿Sabe que la primera cajita de música era reconstruida?

Dogan le miró con asombro.

—¿Qué es lo que quiere decir, sargento?

—Sencillamente, que el autor de la misma, compró varias, las despiezó y luego construyó una con distintos elementos de todas. Así, nosotros no podríamos identificarle por el lugar donde la habría comprado. Incluso pudo adquirirlas por correo y hacérselas enviar a una estafeta cualquiera, a Lista de Correos. Y no me negará que, en la lista de los tipos que pueden preparar una trampa, figura usted el primero.

—Le digo que yo... —Dogan extendió las manos de repente—. Está bien, arrésteme si quiere, pero no podrá probar que maté a Mac Bride.

—Por eso mismo le dejo libre... provisionalmente —dijo el joven, sin inmutarse—. Pero no se mueva de Londres. ¿Entendido?

Dogan asintió de mala gana. Shagger hizo un gesto y los dos hombres abandonaron el despacho.

Al llegar a la estancia contigua, vieron a la mecanógrafa, que tecleaba afanosamente. De pronto, Shagger recordó un detalle que

se le había pasado por alto a su llegada.

—Señorita —llamó.

Annie O'Hara alzó la vista y le miró.

—¿Sí, señor Shagger?

—Tengo entendido que aquí trabaja una chica llamada Esther Benning.

—Así es, señor Shagger, aunque hoy no ha acudido al trabajo.

El joven enarcó las cejas.

—¿Qué le ocurre?

—Está indispuesta. Su patrona telefoneó apenas abrí la oficina. Dice que no es grave y que mañana estará ya en su puesto.

Shagger sonrió.

—Muy amable, señorita, muchas gracias... Vamos. Ted.

Los dos detectives salieron al corredor. Una vez fuera, Shagger dijo:

—Ted, será preciso que se quede en un lugar discreto para vigilar a Dogan. Si la cosa se prolonga demasiado llame a Williams o a Weaver para que le releven.

—De acuerdo, sargento.

CAPÍTULO XI

Esther Benning despertó con un espantoso dolor de cabeza, que la tuvo atontada durante unos momentos e incapaz de reaccionar, a pesar de que se daba cuenta de que había recobrado el conocimiento. Forzosamente, tuvo que dejar pasar un largo rato, antes de notar que se hallaba en condiciones de moverse.

Se dio cuenta de que estaba tendida sobre una cama y calculó que debía ser la de la propia señora Hubbard. Quiso ponerse en pie, pero entonces, con gran sorpresa, se vio atada de pies y manos.

Un súbito terror la acometió de pronto, haciéndola temblar de pies a cabeza. La señora Hubbard pretendía asesinarla, aunque ella no acababa de comprender por completo los motivos. Se esforzó por soltarse las ligaduras, pero al cabo de unos momentos hubo de darse por vencida.

Era de día todavía. Se dijo que aún tenía alguna esperanza. La señora Hubbard esperaba a la noche a fin de deshacerse de su cadáver con la complicidad de las sombras... y del sujeto desconocido que estaba en el desván. Pensó en gritar, pero desechó enseguida la idea, apenas concebida. La casa era vieja y sólida, de gruesas paredes. Nadie la oiría... ni aunque el propio Offerton estuviese al lado, en su cuarto. Por otra parte, ella sabía que Offerton se marchaba por la mañana e, invariablemente, no regresaba hasta la noche, ya que comía en un modesto restaurante de la vecindad. Entonces... ¿sería ya tarde?

Pasó un largo rato, cuya duración no supo calcular. De pronto, oyó que se abría la puerta.

El instinto la hizo cerrar los ojos y permanecer inmóvil. Oyó pasos de dos personas y sintió que una de ellas se acercaba hasta la cama.

—Todavía sigue desmayada. Le diste muy fuerte.

—¿No querías que la atontase? Bueno, no iba a andar con contemplaciones. Ahí está, que, a fin de cuentas, es lo que buscabas.

—El principal problema que tenemos ahora es el de deshacernos de ella —dijo la señora Hubbard.

—Eso lo harás tú. Yo no quiero hacerlo, no me metas en más jaleos...

—¡Imbécil! Estás metido en jaleos hasta el cuello. Y si ella escapase, te colgarían lo mismo. Tienes que matarla.

—Insisto en que no. Hazlo tú si quieres —insistió el desconocido—. Pero no ahora.

—¿Por qué?

—¿Cómo vamos a sacar el cuerpo de aquí? ¿Lo has pensado siquiera?

Una risa espantosa flotó sobre la habitación.

—Deja eso de mí cuenta. Pedazo de estúpido, siempre tengo que encargarme de los trabajos más penosos y más difíciles... y sólo por llenarte los bolsillos de dinero.

—Y por vengarte, reconócelo.

—Es cierto —dijo la mujer, con un horrible acento de odio en su voz—. Quiero vengarme de ella... como me vengué de ese maldito Mac Bride... pero ahora falta lo principal. Nellie tiene que morir.

—¿Crees que la policía se tragará el cuento de que era un suicidio?

—En absoluto. Creerá que ella se mató accidentalmente, preparando una de las trampas. Entonces pensarán que fue la autora de los asesinatos y, naturalmente, podrás reclamar la herencia.

—No sé sí...

—¡Sí, lo harás! —gritó la mujer salvajemente—. ¡Ese dinero es tuyo, te corresponde a ti! Si no te lo dieron de una forma, lo conseguirás de otra. Pero tienes que hacer todo lo que te mande, ¿comprendes?

—Está bien —cedió el hombre—. Vámonos. Luego volveremos.

Los pasos se alejaron. Esther abrió los ojos apenas oyó cerrarse la puerta.

Sudaba de miedo. Sentía correr hilos de sudor a lo largo de sus sienes.

La señora Hubbard y su acompañante eran poco observadores.

De haberse fijado mejor en ella, habrían visto la transpiración que inundaba su rostro y se habrían dado cuenta de que estaba despierta.

¿Qué trama tan horrible habían preparado? ¿A quién pretendían matar ahora?

Tardarían en regresar. Hasta la noche, habían dicho. Tal vez, mientras tanto, encontraría algún medio de deshacerse de aquellas ligaduras que la inmovilizaban así por completo.

Haciendo un esfuerzo, consiguió sentarse en el lecho. Miró en torno suyo... Buscaba algo que le permitiese cortar las ligaduras.

Si conseguía soltarse, no permitiría que la atasen de nuevo. Su vida estaba en juego.

Lucharía cuanto fuera preciso por salvarla.

Dogan estaba afinando la puntería para tirar con el taco de billar, cuando, con el rabillo del ojo, vio entrar en «Sad Elm» a uno de sus compinches, Mitt Schutz. Golpeó la bola y se irguió.

Schutz le hizo un guiño rápido. El truhan comprendió en el acto.

—Sigan jugando, muchachos —dijo—. Volveré enseguida.

Se puso un cigarrillo en los labios y, tras encenderlo con tranquilidad, caminó hacia su despacho, en el que ya había desaparecido el recién llegado.

Cerró la puerta. Schutz estaba caído en una silla, con aspecto de hallarse exhausto.

—Estoy molido, jefe —dijo—. Jamás me había recorrido Londres a pie...

—Vamos, déjate de cuentos —rezongó Dogan de mal humor—. ¿Has conseguido averiguar algo?

—Sí. Más de lo que usted mismo se supone, jefe. ¿Recuerda a Croyd Offerton?

—Offerton —repitió Dogan pensativamente.

—Sí, jefe, aquel tipo que hace años estaba de contable en este mismo local.

—Ah, ya caigo. Croyd Offerton. ¿Qué diablos hace ahora? ¿Por qué me hablas de él?

—Por la sencilla razón de que sé dónde vive y lo que hace.

—Explícate, Mitt.

—Tiene una relojería en Cowes Street y, asómbrese, vende cajitas de música.

Dogan chasqueó los dedos.

—Claro, cómo he podido olvidarlo —murmuró—. Offerton era un tipo que tenía unos dedos muy hábiles para reparaciones delicadas. Pero ¿a qué diablos viene todo esto?

—Offerton estaba enamorado de Nellie Mac Bride. Bueno, eso fue cuando Nellie trabajaba aquí de camarera. Se le declaró, pero ella le contestó riéndose en sus propias barbas. Es un tipo muy sensible, jefe. Se despidió a raíz de aquello y desde entonces no le hemos visto más.

Dogan se puso a pasear por la habitación.

—Ponme una copa, Mitt —dijo—. Déjame pensar un momento... Sí, era un sujeto muy concentrado en sí mismo. Trabajaba bien, por supuesto... ojalá lo tuviésemos aquí todavía. Ahora comprendo por qué se marchó sin dar una explicación convincente de su decisión.

—Era un sujeto muy sensible, repito. La burla de Nellie, y no digamos el desdén, debieron hacer mucha mella en su ánimo. — ¿Crees que él es el autor de todas estas muertes?— Preguntó Dogan.

Schutz le entregó la copa, a la vez que hacía una mueca.

—Tenía entonces alrededor de cuarenta años. Un hombre más joven se habría tomado las cosas con mucha más calma; a fin de cuentas, lo que sobran son mujeres. Pero a esa edad, los chascos amorosos resultan fatales.

—A pesar de todo, han pasado más de ocho años. Ya debe rondar los cincuenta.

—Offerton es de la clase de hombres capaces de rumiar su venganza durante veinte años, si es preciso. Y un buen día, de repente, ¡pum!, explotan como bombas y...

Dogan movió la cabeza afirmativamente.

—Tal vez tengas razón. ¡El muy cerdo! ¡Pero también quiso liquidarme a mí! —exclamó de repente.

—Jefe, Offerton se cargó primero al esposo de Nellie, que fue el que le burló la chica. Ahora sabe que, al quedarse viuda, es usted el que más posibilidades tiene. Por lo tanto, encuentro lógico que desee deshacerse de usted también.

—Pues a mí no me parece tan lógico —refunfuñó el truhan—. ¡Qué miserables! —dijo indignadamente—. Querer matarme al cabo de tantos años.

Schutz apuró su copa.

—Acaso es que tiene esperanzas aún de conseguir la mano de la bella viuda de Mac Bride.

Dogan volvió a pasearse.

—Es raro —comentó a media voz—. Y Nellie piensa que es el sobrino de su esposo el que lo asesinó.

—¿Layless?

—Sí. Nellie me dijo que lo buscara y... ¡Maldita zorra! —exclamó de repente—. Me parece que empiezo a comprender lo que quiere de mí.

—¿Sí, jefe?

Los ojos de Dogan brillaron airadamente.

—Es una tía astuta —dijo—. Quiere que busque a Layless. Sabe que si lo encuentro, yo lo liquidaré... Pero, que me cuelguen si pienso hacerle el juego. Que se las apañe como pueda y que se case con su aristócrata arruinado si quiere.

—¿Cómo dice, jefe?

—No te preocupes, Mitt. ¿Dónde vive Offerton?

—En el edificio de al lado, hospedado en casa de una tal Donna Hubbard.

—¡Hubbard! —repitió Dugan explosivamente.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Schutz, atónito.

Dogan se pellizcó el labio inferior.

—Creo que empiezo a ver las cosas un poco más claras... aunque no mucho. Mitt, déjame solo, ¿quieres?

—Usted manda, jefe.

El rufián salió del despacho. Dogan dio la vuelta a la mesa y, después de sentarse, atrajo el teléfono hacia sí.

Marcó un número y esperó unos segundos. A poco oyó una voz conocida.

—Nellie, soy Duke.

Hubo una pausa de silencio. Después, Nellie preguntó:

—¿Qué quieres de mí, Duke?

—Sólo una cosa: acude dentro de una hora a Cowes Street. Deja tu coche a la entrada y camina a lo largo de la acera, hasta que veas una relojería. Estaré esperándote en las cercanías de la puerta.

—Pero, no entiendo, Duke. ¿Por qué quieres que haga eso?

—Haz lo que te digo si quieres verte libre de tu pegajoso admirador. ¿No me pediste que lo encontrara?

—Sí, aunque...

—Basta, Nellie. Si no estás donde te he dicho dentro de una hora, tendrás que olvidarte de Rand Layless.

Y colgó bruscamente, antes de que ella pudiera formularle más objeciones.

Sonrió satisfecho. Sí, iba a tener un buen lío con el asunto del cadáver de Susan Sparrow, pero el juez sería benigno cuando supiese que había puesto en sus manos al asesino de Mac Bride. Y, ¡qué diablos! Nellie tendría que olvidarse de su aristócrata.

Se produciría un gran escándalo. A él no le importaba la publicidad. En cambio, el pretendiente de Nellie se echaría para atrás. Renunciaría a casarse con ella, a pesar de su inmensa fortuna. Sí, un doble golpe... que podía proporcionarle a él un magnífico beneficio, el de una mujer hermosa, indiscutiblemente, y seiscientas mil libras por añadidura.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, el detective Weaver buscó un teléfono y llamó a su inmediato superior.

—¿Sargento Shagger? Informa Weaver.

—Adelante —contestó el joven.

—He seguido a Dogan.

—¿Y...?

—Ahora está en la entrada de Cowes Street, sentado en su coche. Parece como si estuviese esperando a alguien.

—¡Cowes Street! —exclamó Shagger atónito. Después de unos segundos, reaccionó—. Está bien. Continúe vigilándole. Ahora mismo tomo un coche para unirme a usted.

—Muy bien, sargento.

CAPÍTULO XII

Al cabo de casi dos horas de continuados esfuerzos, Esther Benning pudo soltarse las ligaduras de los tobillos.

Sin duda, pensó, sus captores habían dado por sentada su incapacidad para reaccionar. De otro modo, no le habrían atado las manos por delante, lo cual le había permitido, a costa de dos o tres uñas, deshacer los nudos de las cuerdas que le sujetaban los tobillos.

Notó que la sangre circulaba renovadamente por sus pies. Un intenso hormigueo llegó hasta la punta de sus dedos, que se le habían quedado fríos por falta de riego sanguíneo.

Dejó pasar un buen rato, antes de ponerse en pie. El problema que ahora se le planteaba era el de desatarse las muñecas.

No podía escapar con las manos atadas. Se hallaría inerte delante de la pareja de asesinos. Necesitaba libertad de movimientos, a fin de poder defenderse, si era preciso.

Buscó por la habitación algún objeto cortante. Probó a usar los dientes, pero abandonó el sistema cuando se dio cuenta de que no conseguiría nada positivo.

De pronto, reparó en el tocador de la señora Hubbard. Examinó pensativamente los frascos que había encima de la tabla. Uno de ellos llamó sobremanera su atención: era tinte para las canas.

—Vaya —murmuró, sonriendo a su pesar—; es más coqueta de lo que aparenta.

Estudió la situación durante algunos minutos. Al fin, decidiéndose, tomó el frasco más grande con las yemas de los dedos y, alzándolo cuanto pudo, lo soltó de pronto.

El frasco se rompió en mil pedazos. Un penetrante olor se extendió por la estancia.

Esther hizo una mueca.

—¡Uf! En lo que se refiere a perfumes, esa vieja arpía tiene un gusto pésimo.

Luego se arrodilló y tomó la parte del frasco donde hacia quedado el cuello, con el tapón. Escuchó unos momentos; no se escuchaba el menor ruido.

Sentóse en el suelo y colocó el fragmento del frasco entre los pies, que aún tenía calzados con los zapatos. Procuró sujetarlo de modo que una de las astillas de vidrio sobresaliera sin dañarle los tobillos y, acto seguido, empezó a frotar las cuerdas de sus muñecas contra la parte afilada.

Le costó mucho. En más de una ocasión, el trozo de frasco se desprendió de sus pies, pero, con inaudita tenacidad, que a ella misma le sorprendió, siguió trabajando ahincadamente hasta que al fin, con un suspiro de satisfacción, notó que cedían las ligaduras.

Esperó un rato. Sus manos estaban entumecidas. La sangre, al circular de nuevo, le causó un placentero dolor. Unos minutos más tarde, después de realizar varios ejercicios, notó que se encontraba ya en perfectas condiciones de emprender la huida.

Para entonces, era casi de noche. Esther se acercó a la puerta y manipuló en el picaporte.

—Lo que suponía —murmuró—. Está cerrada con llave.

Volvióse y miró en torno suyo, a la vez que se mordía los labios. De pronto, avanzó hacia la ventana y corrió las cortinas.

Podía haber roto el cristal y gritado, pidiendo socorro, pero el sentido común le dijo que la señora Hubbard y el otro individuo eran dos personas carentes de escrúpulos, que no vacilarían en asesinarla, cualesquiera que fueran las circunstancias. Por lo visto, le convenía ser más astuta que ellos.

Se acercó a la puerta y, arrodillándose, miró por el ojo de la cerradura. Lo que vio, le dejó bastante satisfecha.

Buscó por la habitación con afán, hasta encontrar un periódico, que pasó por debajo de la puerta. Luego, con una horquilla que había tomado del tocador, manipuló en la cerradura, hasta que oyó al otro lado un leve ruidito que le indicó la caída de la llave.

—Estaban demasiado seguros de sí mismos —comentó, mientras tiraba suavemente del periódico.

La llave apareció al fin. Esther lanzó un profundo suspiro de

satisfacción.

—Jay se alegrará mucho cuando le cuente todo lo que sé —murmuró en tanto insertaba la llave en la cerradura.

Abrió la puerta. En aquel momento, sonó el timbre de la calle.

Sonaron unos pasos en el vestíbulo. Esther oyó el ruido de la puerta al abrirse y luego una ahogada exclamación de la dueña de la casa.

—¡Hola, Donna Hubbard! —dijo un hombre, cuya voz reconoció Esther de inmediato—. Hace mucho tiempo que no nos veíamos, ¿eh?

Atónita, la muchacha se preguntó que podía hacer Duke Dogan en casa de la señora Hubbard.

Duke Dogan consultó su reloj. El plazo se estaba cumpliendo.

—Si esa pécora no viene... —masculló enojado.

La calle estaba prácticamente desierta. El alumbrado público se había encendido hacía rato y las aceras brillaban al reflejar la luz de los faroles en su húmedo pavimento.

Un vivo taconeó sonó de pronto por el lado opuesto. Dogan aguzó la vista.

—Ahí está —murmuró para sí, vivamente satisfecho.

Nellie Mac Bride vestía ropas de luto y se cubría el rostro con un espeso velo, que ocultaba sus facciones por completo. A pesar de todo, su silueta era inconfundible para el hampón.

La mujer se detuvo frente a Dogan.

—Ya estoy aquí —habló secamente—. ¿Qué quieres de mí, Duke?

Dogan la cogió por un brazo.

—Ven —dijo lacónicamente.

Nellie se dejó llevar. Dogan empujó la puerta de la relojería.

Offerton levantó la cabeza al oír el ruido. Sus ojos se dilataron por el asombro al reconocer a su visitante.

—Duke Dogan —murmuró estupefacto.

—El mismo, Croyd —sonrió el rufián—. Y a esta chica, ¿la conoces?

Con gesto rápido, Dogan levantó la mano y arrancó el velo que cubría la cara de Nellie.

La mujer dejó escapar un gemido de rabia.

—Cerdo —silabeó.

El rostro de Offerton tomó un tinte ceniciento.

—Nellie Mac Bride —dijo.

—La misma —contestó ella orgullosamente—. ¿Qué quieres de mí, Croyd?

—¿Yo? —exclamó el relojero, desconcertado. Miró a Dogan—. No entiendo nada en absoluto.

Dogan avanzó un paso.

—Croyd, no nos engañemos —declaró en tono acusador—. Tú mataste a Mac Bride y luego intentaste asesinar a mí. Por venganza, claro.

—Es... estás equivocado, Duke —balbució el atónito relojero—. Yo... no he hecho eso que estás diciendo. —Miró a la mujer con expresión suplicante—. Te lo juro, Nellie.

Ella le contempló fríamente. Antes de que pudiera hablar, Dogan dejó escapar una sarcástica carcajada.

—De todas formas —dijo—, ella te está muy agradecida. La has librado de un estorbo y convertido en una rica heredera. Pero, como comprenderás —añadió—, no voy a permitir que me envíes a mí otra cajita de música.

—Te digo que yo no he sido, Duke —insistió Offerton—. Ignoro en absoluto de qué me estás hablando...

—Parece que dice la verdad —observó Nellie despegadamente—. ¿Es sólo para eso por lo que me has hecho venir aquí, muchacho?

Dogan frunció el ceño. La sorpresa de Offerton parecía genuina.

De pronto, dio media vuelta y se dirigió hacia el escaparate. Cogió una de las cajitas de música y regresó con ella hacia el mostrador.

—Crod —dijo—, tú siempre tuviste las manos muy hábiles. Atrévete a negarme que no preparaste unas flechas envenenadas para matarnos a Mac Bride y a mí.

—Te juro que yo no he sido —contestó el relojero—. Nellie, por favor, te ruego que hagas entrar en razón a ese energúmeno. Es cierto que te amaba —añadió melancólicamente—, pero luego me di cuenta de que no era el hombre que te convenía. Aquello ya está olvidado, puedes estar segura de ello.

La mujer se volvió hacia Dogan.

—¿Lo ves, pedazo de idiota? —le apostrofó—. ¿Qué diablos

pretendes ahora con esta barbaridad? ¿Estropear mi futuro?

Dogan la miró con ojos de furia.

—Tu futuro está por los aires... al menos en lo que se refiere a ese aristócrata con el que quieres casarte. Después de todo esto, se producirá tal escándalo, que no querrá casarse contigo ni aunque le ofrecieras el Banco de Inglaterra en peso.

—De modo que ésas son tus intenciones, ¿eh? —exclamó ella, rabiosa—. Quieres deshacer mi matrimonio con Jim, sólo para casarte conmigo y aprovecharle de la herencia de Malcolm.

—¿Y tú, maldita pécora? Pretendías que buscase a Rand, sabiendo que en cuanto me lo echase a la cara, le descerrajaría dos tiros. Ése es otro que puede perjudicar tu porvenir. ¿Qué pasaría si el lindo... sobrino de Malcolm destapase el lío que tuvisteis los dos hace tiempo? Incluso creo que deben quedar algunas fotografías, ¿no?

Nellie palideció horriblemente.

—Duke, si estropeas mi boda con Jim. —De todas formas, presumo cuáles son tus intenciones. Quiero que sepas una cosa: es posible que no me case con Jim Brows-Fyfe, pero tampoco seré tu esposa—. Chasqueó los dedos delante de las narices del hampón. —Y no verás un solo penique de la herencia, de ello puedes estar seguro.

Puso una mano en su cadera y adelantó el arrogante busto con aire retador.

—¿Qué harás ahora, estúpido? ¿Enviar a uno de tus rufianes a que me corte la cara? ¿Asesinarme? El sargento Shagger tomará cartas en el asunto, puedes estar seguro de ello, y hará que te echen encima tantos años de cárcel, que cuando salgas, necesitarás una silla de ruedas para poder moverte. Tengo dinero a espuestas y sabré gastármelo en abogados, créeme, Duke. —Le miró más de cerca—. Mi vida pasada puede que no sea un modelo de honestidad, pero no hice nunca nada que se saliese de la Ley. ¿Puedes tú decir lo mismo?

El rufián se quedó sin habla. Los argumentos de Nellie eran incontrovertibles.

Ella rió, satisfecha.

—Eso es todo. Adiós a los dos y... Croyd —miró al relojero—, siento haberme burlado de ti. No te lo merecías, seguro. Perdóname

por lo que te hice entonces.

Offerton sonrió tenuemente.

—Olvídalo, Nellie. Tal vez fue mejor así, y pude ver las cosas con mayor claridad.

—Gracias, Croyd. Adiós, Duke... y si vuelves a molestarme otra vez, te aseguro que te pesará.

Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

La voz de Dogan estalló de repente como un latigazo:

—¡Espera!

Ella se detuvo, ya con la mano en el picaporte. Volvió la cabeza a medias.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó secamente.

Dogan tenía ambas manos metidas en los bolsillos del impermeable.

—Tú y Croyd os vais a venir conmigo inmediatamente a casa de la señora Hubbard. Hay un asunto que deseo zanjar cuanto antes.

—¿Y si no quisiera ir? —preguntó Nellie.

Dogan soltó una siniestra carcajada.

—Tengo una pistola en el bolsillo del impermeable. ¿Vamos, Croyd?

—Todavía no es hora de cerrar... —protestó el relojero tímidamente.

—¡Es hora de cerrar! —afirmó Dogan con torvo acento—. Y no pienso repetirlo más.

Offerton lanzó un profundo suspiro. Limpióse las manos maquinalmente con un paño y salió de detrás del mostrador.

Los tres salieron de la tienda y anduvieron a pie los pocos pasos que les separaban de la entrada de la casa de Donna Hubbard. Situado en un oscuro portal, en la acera frontera, el detective Weaver se daba a todos los diablos, preguntándose cuándo llegaría el sargento Shagger.

Dogan iba detrás de Nellie y de Offerton, como empujándoles con su sola presencia. La pareja subió las escaleras y él lo hizo a continuación.

—Llama al timbre, Nellie.

La mujer obedeció. Esperaron unos segundos. La puerta se abrió al cabo. Con la mano izquierda, Dogan empujó a Nellie.

—Entra, Croyd —dijo a media voz. Luego alzó el tono—: ¡Hola,

Donna Hubbard! Hace mucho tiempo que no nos veíamos, ¿eh?

Durante unos segundos, la señora Hubbard permaneció atónita, en el centro del vestíbulo, sin saber que contestar. Sus ojos iban de uno a otro de los visitantes, como escrutando atentamente las menores reacciones que pudieran producirse en sus rostros.

Offerton fue el primero en hablar.

—Créame, señora Hubbard; lamento sinceramente lo que está ocurriendo. Le aseguro que yo no tengo la culpa de...

—Cállate —le interrumpió Dogan ásperamente—. No hables hasta que yo te lo ordene.

Miró a la mujer.

—¿Dónde está tu precioso hijo? ¿Dónde está ese bastardo de Rand Layless?, ¿eh?

Nellie lanzó un agudo grito y se tapó la cara con las manos. Offerton estaba atónico.

Una llama de furia apareció en los ojos de la mujer.

—No sé de qué me estás hablando, Duke Dogan —contestó al cabo.

Dogan levantó la mano y asestó una terrible bofetada a la señora Hubbard.

—No me mientas —rugió, lívido de ira—. Rand Layless es hijo tuyo y de Malcolm Mac Bride. ¿Crees que no lo sabía? Hubo un tiempo en que Malcolm y yo no teníamos secretos y me lo contó todo.

La señora Hubbard le miró con furia devoradora.

—Y ahora —siguió Dogan implacablemente—, tú y ese cretino de Rand, que no fue nunca más que un, vago y un haragán, queráis apoderaros de la herencia de Mac Bride, tratando de eliminarme a mí también y tal vez más adelante a Nellie. Si ésta no moría, sería acusada de la muerte de su esposo, en cuyo caso, no podría heredar. Entonces, la fortuna de Malcolm pasaría a manos de Rand, que es tanto como decir las tuyas, ¿no es cierto?

La mujer permanecía inmóvil. Dogan dejó escapar una aguda carcajada.

—Pero yo no soy tonto y he sabido relacionar las cosas, para descubrir al fin la verdad. Todo estaba muy bien planeado... magníficamente planeado; a mí se me llama «El Campanero» por mi oficio de juventud, y si fallaba yo como posible culpable, seducido

por los encantos de Nellie Mac Bride, siempre quedaba el amigo Offerton para cargar con los crímenes, que, se suponía, había cometido por despecho y ansias de venganza.

»Donna Hubbard, tienes un hijo que es una desdicha, pero también hubo un tiempo que trabajó en una fábrica de aparatos electrónicos, montando piezas delicadísimas. Eso confiere gran habilidad manual ¿verdad que sí?

El tono de Dogan se hizo repentinamente duro:

—¡Vamos, habla de una maldita vez! ¿Dónde está tu hijo? ¡Quiero verle la cara, un segundo antes de llamar a la policía, para que se lo lleve y lo cuelguen en Pentonville!

Hubo una corta pausa de silencio. De pronto, se oyó el ruido de una puerta en el piso superior y la voz de un hombre que gritaba:

—¡Mamá, la prisionera se ha escapado!

CAPÍTULO XIII

El coche se detuvo frente a la relojería y tres hombres saltaron de su interior.

—Ralston —ordenó el sargento Shagger—, sitúese en la parte trasera. Ted, usted vendrá conmigo.

Weaver cruzó la calle corriendo.

—Sargento, empezaba a temer que no viniese —exclamó, con gran alivio.

—El tránsito estaba muy espeso y no quise hacer ruido —contestó el joven—. ¿Cómo va la cosa?

—Dogan y la señora Mac Bride están adentro. —Weaver señaló la casa—. Y el relojero también.

—¿El relojero? —se extrañó Shagger.

—Sí, sargento. Los dos iban delante. Dogan les seguía... Para mí que les amenazaba con algún arma que debía llevar escondida en los bolsillos de su impermeable.

—Está bien, muchas gracias. Ted, vendrá conmigo. Weaver, quédese en la puerta, dispuesto a ayudarnos en cuanto se lo pida.

—Desde luego, sargento.

Los tres hombres cruzaron la acera y se aproximaron a la casa. El joven llegó a la puerta y se dispuso a llamar, pero, en aquel instante, se dio cuenta de que la puerta estaba entreabierta.

En silencio, señaló con el dedo la ranura. Luego hizo signos de que debían guardar silencio.

Por aquella abertura salían unas voces, entre las cuales Shagger reconoció la de Dogan sobre todas. Podían oír perfectamente todo lo que se decía en el interior de la casa.

Dogan había creído cerrar la puerta, pero no había hecho más que empujarla, excitado por los acontecimientos. Esta circunstancia

no podía por menos de favorecer los planes de Shagger.

Se preguntó que podría haber sido de Esther, ya que no se oía su voz entre las que sonaban en el zaguán. Seguramente, se dijo, debía estar acostada en su lecho. Suspiró, aliviado; sentía una gran simpatía por la muchacha y le hubiese dolido que algún miembro de aquella pandilla de desalmados le hubiese causado el menor daño.

Oyó todo con absoluta claridad y, de este modo, consiguió averiguar algunos puntos que habían permanecido oscuros hasta entonces. Las piezas del rompecabezas ocupaban sus puestos.

Entonces, cuando dudaba si intervenir ya o dejar que el asunto llegase naturalmente a su final, fue cuando sonó el grito de alarma de un hombre que no figuraba en el grupo que se hallaba en el vestíbulo.

Una horrible sospecha asaltó la mente del joven.

Su profesión le había habituado a pensar lo peor en ciertos casos. ¿La prisionera...?

Esther no había acudido a la oficina. La señora Hubbard había informado a la otra secretaria que Esther se hallaba indispuesta.

¿Era que la muchacha había descubierto algo sumamente comprometedor y por ello los criminales la tenían encerrada, a fin de que no les delatase?

Ordinariamente no solía ir armado. Pero en aquella ocasión llevaba una pistola, sabiendo que incluso su propia vida podía correr peligro. Sacó el arma y se dispuso a actuar, al mismo tiempo que hacía a Andrews un silencioso gesto de inteligencia.

Esther Benning, que iba de sorpresa en sorpresa, escuchó toda la conversación desde el piso superior. El silencio era absoluto, y, por otra parte, Dogan, que era quien llevaba el peso principal del diálogo, no se recataba en hablar con voz harto sonora.

La muchacha se quedó atónita al escuchar tal cúmulo de canalladas. Jamás se hubiera supuesto que hubiese gente capaz de cometer hechos semejantes.

Vaciló. No podía salir de la casa en aquellos instantes. Tenía la seguridad, de que Dogan, por lo menos, iba armado, aparte de la propia señora Hubbard. Y el teléfono, el único medio que se le ocurría en aquellos instantes para avisar al detective, estaba en el saloncito de la planta baja.

De pronto, cuando más descuidado estaba, oyó ruido de pesos cerca de ella.

Asombrada, miró en torno suyo.

Los pasos seguían sonando, cada vez más cerca Bajaban de las alturas, como si el hombre que los daba descendiese del piso superior.

Pero en la casa no había piso superior... sólo un desván, cuya existencia había negado la señora Hubbard tan ahincadamente.

Comprendió que el desconocido se acercaba al dormitorio. Aterrada, buscó un sitio para esconderse. De pronto, antes de que tuviera tiempo de hacer nada, oyó un fuerte chasquido.

Sus ojos atónitos contemplaron la chimenea que giraba a un lado. Entonces comprendió que era la entrada oculta a la escalera que conducía al desván.

El instinto la hizo correr de puntillas hacia la chimenea y situarse tras ella, justo en el momento en que el hombre salía afuera. Contuvo la respiración, mientras se clavaba las uñas en las palmas de las manos.

Si el hombre la atacaba, se defendería como fuese. Incluso, cogiéndolo por sorpresa, podía derribarlo de un fuerte empujón y...

Estaba situada al lado contrario de la cama, dando vista a la puerta de entrada al dormitorio. El hombre que bajaba del desván tenía que ver la cama en primer lugar, forzosamente.

Esther se dio cuenta que el sujeto se había, percatado que la cama estaba vacía. Oyó una ahogada exclamación y casi en el acto percibió el rumor de pasos dados a la carrera.

Vio la espalda del hombre que corría hacia la puerta. Rand Layless la abrió y se precipitó fuera del dormitorio, sin darse cuenta, en su aturdimiento, de que tenía a la muchacha detrás de sí.

Se asomó a la escalera y lanzó un fuerte grito:

—¡Mamá, la prisionera se ha escapado!

Abajo, en el vestíbulo, se produjo un momento de estupor. Mientras, Esther, silenciosamente, se acercó a la puerta y la cerró de golpe, echando la llave acto seguido.

Layless se volvió, lanzando un rugido de cólera, al darse cuenta del engaño sufrido. Pero ya era tarde para rectificar.

La voz de Dogan ascendió sarcásticamente desde el vestíbulo.

—Baja, baja, Rand Layless. Baja, y permite que veamos tu

preciosa cara. Deja ahora a esa prisionera y asoma al menos la punta de la nariz por este vestíbulo.

Layless, dudó un momento. Luego, lentamente, emprendió el descenso.

Estaban perdidos, se dijo. Todos los planes tan cuidadosamente trazados, se habían venido abajo en unos Instantes. Era fácil imaginarse la suerte que les esperaba.

En la puerta de la calle, Shagger demoró su intervención un poco más. La prisionera no podía ser otra que Esther.

Pero se había escapado. Layless acababa de decirlo. Por lo tanto, no era presumible que la muchacha hubiera sufrido más daños que el susto consiguiente.

Seguramente le estaba buscando en aquellos momentos. Bien, ya la vería más tarde.

Miró en silencio a Andrews. Éste asintió; comprendía las intenciones de su jefe.

Debían seguir escuchando, de este modo los delincuentes no tendrían escapatoria ni podrían negar su participación en los hechos.

Layless descendió la escalera, peldaño por peldaño.

Dogan le apuntó con su revólver.

—Baja, baja, chico guapo —dijo sarcásticamente—. Quiero ver la cara que pones cuando avise a la policía de que, por fin, he encontrado al asesino de Mac Bride y de Susan Sparrow... Oh, claro, olvidaba que no conocías a Susan Sparrow. Esa pobre chica murió en mi lugar, pero, para el caso, es lo mismo; es otra muerte que deberá ser cargada en tu cuenta.

Layless llegó al vestíbulo. Sus facciones estaban contraídas.

—Te dije que no saldría bien. Tu maldita ambición...

—Cállate —le apostrofó la señora Hubbard—. Lo hice por ti exclusivamente.

—Pero al que ahorcarán será a mí —protestó Layless.

Dogan soltó una fuerte risotada.

—Tienes razón, chico guapo —dijo—. Esta vez no te valdrá de nada la cara bonita ni tu tipo apuesto. El verdugo lo mismo estira el pescuezo a los guapos que a los feos... a las mujeres hermosas y a las brujas —miró intencionadamente a la señora Hubbard, cuyo rostro era una máscara de odio infinito.

Hubo una pausa de silencio. Al fin, Dogan dijo:

—Bueno, ¿dónde está el teléfono? Tengo ganas de acabar con esta situación cuanto antes.

—Por allí —indicó la señora Hubbard con la mane izquierda.

Dogan dio un paso. De pronto, observó un movimiento extraño.

Donna Hubbard sacó su revólver de debajo del delantal.

—¡No llamarás a la policía! —chilló, a la vez que apretaba el gatillo.

El disparo sonó como un cañonazo en el vestíbulo. Dogan giró sobre sí mismo y cayó al suelo.

Donna apuntó a Nellie con el revólver.

—Y tú, maldita, no disfrutarás de la herencia —añadió, a la vez que disparaba de nuevo.

Nellie lanzó un agudo alarido de pánico al verse encañonada por el arma. En el último instante, Offerton dio un salto lateral, a la vez que exhalaba un fuerte grito.

—¡No, a ella no!

La bala le alcanzó de lleno, haciéndole retroceder un paso. Nellie, con los ojos desorbitados por el espanto, alargó los brazos, sosteniéndole con ellos para impedir que cayera al suelo.

—¡Maldición, he fallado! —rugió la feroz mujer, al mismo tiempo que se abría la puerta.

—¡Quieto todo el mundo! —Intimó Shagger—. ¡Al suelo las armas!

En aquel instante, Dogan se revolvió, caído como estaba y consiguió sacar su revólver.

Andrew se dio cuenta y saltó hacia él.

—¡Cuidado! —gritó.

Era ya tarde. El arma escupió dos fogonazos.

Donna Hubbard lanzó un gemido de angustia y se llevó una mano al pecho. Pero un resto de vitalidad la hacía mantenerse aún en pie.

—¡Tire su revólver, señora! —rugió Shagger apuntándola con su pistola.

La mujer ya no le oía. Estaba reuniendo sus últimas fuerzas para hacer un disparo más.

Donna y Dogan hicieron fuego al mismo tiempo. La mujer dio una vuelta entera sobre sí misma y cayó inerte.

Dogan se estremeció convulsivamente cuando la bala le entró por la base de la garganta. Su brazo derecho se agitó como un látigo, moviendo el revólver sin fijeza alguna.

Una postrera convulsión le hizo apretar el gatillo. Sonó otro disparo.

Alguien dejó escapar un hondo gemido. Atónito, Rand Layless se contempló la mancha de sangre que crecía lentamente en el centro de su pecho.

Sus rodillas se doblaron.

—Mamá —sollozó, un instante antes de caer de bruces hacia adelante.

El peso de Offerton resultó excesivo para Nellie Mac Bride. Dejóse caer de rodillas, sosteniendo todavía en su regazo el cuerpo del relojero.

Offerton alzó sus ojos hacia los de la mujer.

—Nellie —murmuró.

Ella sollozaba.

—Me has salvado la vida, Croyd...

—No... me importa... Lo hice por... por ti... Te quería tanto...

Shagger hizo un rápido examen de los cuerpos.

—Están muertos, los tres —dijo sombríamente.

—Pues no deja de ser un ahorro de incomodidades —comentó Weaver.

El joven se arrodilló al lado del relojero y le abrió las ropas. Luego miró a Nellie.

—La herida no es tan mala como parece —declaró—. Ted, busca el teléfono y llama a una ambulancia, pronto.

Acto seguido se lanzó escaleras arriba, gritando como un loco:

—¡Esther! ¿Dónde se ha metido? ¡Soy el sargento Shagger!

Una puerta se abrió de pronto. La muchacha salió corriendo por ella y se arrojó en los brazos del joven, sollozando a lágrima viva.

Shagger trató de consolarla.

—Desahóguese, pero ya no tiene nada que temer. Todo ha terminado —dijo, acariciándola el cabello suavemente.

EPÍLOGO

Algunas semanas más tarde, Jay Shagger fue a esperar a la muchacha a la salida de su trabajo.

El mal tiempo había quedado atrás. Los síntomas de la primavera resultaban inconfundibles.

Después de saludarse, caminaron un rato, hasta que encontraron al paso un salón de té. Entraron y buscaron una mesa situada en un rincón discreto.

—Se quedó sin empleo por mí culpa —dijo él, al cabo de unos momentos de charla trivial.

—No importa —sonrió Esther—. El que tengo ahora es muy bueno y me pagan bien.

—Lo celebro —sonrió Shagger.

Continuaron la charla. De pronto, Esther, apoyando los codos sobre la mesa, le miró fijamente.

—Hay una cosa que no comprendo, Jay.

—Usted dirá, Esther.

—El compinche de Dogan explicó cómo se había producido la muerte de la pobre Susan Sparrow. Pero en este caso, la flecha fue disparada antes que sonaran las campanas... bueno, el sistema musical de la cajita.

—Un fallo en los mecanismos. Layless no era tan buen artesano como su enloquecida madre estaba empeñada en creer.

El rostro de la muchacha adquirió de pronto una expresión pensativa.

—Sentíase frustrada a causa de Rand —murmuró.

—Así es —convino el joven—. En su juventud... si es que la señora Hubbard la tuvo alguna vez, conoció a Mac Bride. Rand fue el resultado de aquel conocimiento, pero Mac Bride la abandonó.

Ella se casó con un tal Layless andando el tiempo, el cual dio su nombre al pequeño. Layless murió y Donna volvió a casarse con Matt Hubbard y a enviudar de nuevo.

—Parece como si hubiese querido olvidar desesperadamente a su primer amor —comentó la muchacha.

—Eso creo yo. A pesar de todo, Mac Bride no se portó mal con ellos... relativamente, claro. Haciendo pasar a Rand por su sobrino, les ayudaba con frecuencia, pero Rand se convirtió en un vago y un pillo, y Mac Bride acabó por cansarse. Eso exacerbo más los sentimientos de Donna, quien veía que Mac Bride triunfaba día a día, mientras ella vivía una existencia vulgar y adocenada.

—Por lo que concibió una venganza diabólica.

Shagger removió el azúcar del té con la cucharilla.

—Justamente.

—¿Y el curare? ¿De dónde lo sacaron? —Inquirió Esther, curiosa —. Esa droga no se obtiene como si fuera un simple tubo de aspirinas.

—Donna había trabajado algunos años, al quedarse viuda por segunda vez, en un hospital como enfermera. Tenía amistades y las reanudó al concebir su plan de venganza. Conocía bien el hospital y el depósito de los medicamentos. El resto es fácil de imaginar.

En aquel momento, una pareja entró en el salón. Los ojos de la muchacha se dilataron por el asombro.

—¡Fíjese, Jay! ¡Es increíble!

Shagger volvió la vista.

—Es sorprendente —murmuró.

—El parece otro —comentó Esther.

Croyd Offerton caminaba al lado de Nellie Mac Bride quien seguía siendo la mujer arrogante y vistosa de siempre. De pronto, Nellie vio a la pareja y les dirigió una amistosa sonrisa.

—Espérame un momento, Croyd —dijo.

—Por supuesto, querida.

Nellie se acercó a la mesa. Sonreía ampliamente.

Shagger se puso en pie.

—Me alegro de verles juntos —saludó la mujer.

—Nosotros también celebramos saludarla, señora —contestó Shagger. Miró hacia la mesa donde se había sentado el relojero, quien aparecía totalmente transformado, convertido en otro

hombre, y sonrió en silencio.

—Sí —dijo Nellie—, nos vamos a casar.

—Felicidades —le deseó Esther.

—El señor Brows-Fyfe se asustó del escándalo. No me importa —declaró Nellie—; él no hubiera sido nunca capaz de ponerse delante de mí y frente a un revólver. Croyd me salvó la vida y con ello demostró su verdadero amor. Esto me hizo abrir los ojos.

—Lo celebro infinito —dijo Shagger gravemente.

—Él me quiere y esto es más de lo que yo pudiera desear —murmuró Nellie—. No es un jovencito ya, pero a su lado tendré siempre felicidad.

Su sonrisa se borró un instante.

—Confieso que no sentí la muerte de Malcolm —le reveló—. Incluso llegué a desear que Dogan me librase de Rand Layless. No he sido nunca demasiado buena, pero ahora sí lo seré.

Hizo una pausa.

—Lo habido entre Rand y yo fue más aparatoso que real. No pasó de un simple devaneo, que se cortó cuando comprendí lo que quería de mí. También él me dio a entender lo conveniente que le resultaría mi viudez. No era bueno, créame.

—Estaba dominado por su madre. Tal vez si Donna hubiese alejado de sí el rencor... —apuntó el joven.

—Tarde o temprano, sus verdaderos sentimientos hubieran aflorado a la superficie. Su fin se habría retrasado un poco más, pero no hubiese sido muy diferente del que tuvo.

Nellie miró a uno y otra alternativamente y sonrió.

—Avísenme en el momento indicado. Les haré un buen regalo. —Y se marchó.

Desde su mesa, vieron a Offerton ponerse en pie y tomar arrobado las manos de la mujer.

Shagger suspiró.

—Ése es el verdadero amor —observó—. Hace perdonar todo... y esperar años y años a la mujer amada sin importarle el tiempo ni las acciones... ni nada.

Miró a la muchacha y sonrió.

—¿Cuánto tiempo tendré que esperar yo? —preguntó.

—¿A qué? —dijo Esther, fingiendo ingenuidad.

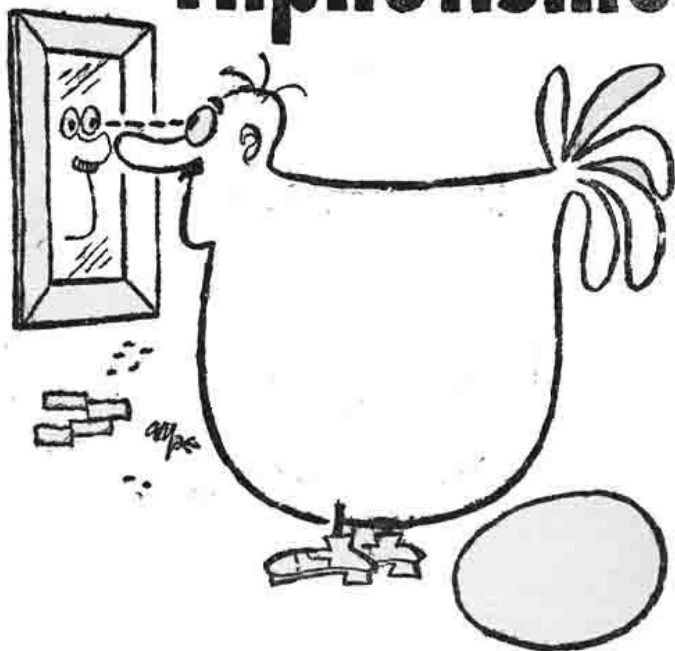
—Al regalo que nos ha prometido Nellie Mac Bride.

Esther se sonrojó vivamente.

—Menos que Croyd Offerton —contestó—. Bastante menos, Jay.

FIN

Hipnotismo



¿Sabe usted ya si tiene dotes de hipnotizador?
¿Sabe, por el contrario, si su temperamento
hace de usted una persona fácilmente hipno-
fizable?

Pruébelo.

MARABU ZAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.





EL YOGA



Usted-quiere ser feliz; pero, ¿qué hace para conseguirlo? Probablemente, nada práctico. Le gustaría dominarse a sí mismo, eliminar sus alteraciones nerviosas, apagar ese cansancio que le deja la jornada de trabajo... y tantas otras cosas.

MARABUZAS



LOS ANTEPASADOS DEL HOMBRE

¿DESCIENDE
EL
MONO
DEL
HOMBRE?



**MARABU
ZAS**

EDITORIAL BRUGUERA S. A.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptes. • Impreso en España • Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE Fundada en 1772